

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 22. — N° 559.

SUMARIO.

La infancia de Carlos V; grabado. — **La cara.** — **La noche.** — **La vecindad.** — **Campamento de Chalons;** grabados. — **Establecimientos franceses en la India;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Don Heraclio C. Fajardo.** — **Procesion de las reliquias en Marsella;** grabado. — **Angustia é indiferencia;** grabado. — **El conde de Barcelona.** — **Los pastores del valle de Ossau;** grabados. — **Las fiestas de Basilea;** grabado. — **Los últimos cuentos de Edgardo Poe.** — **Revista de la moda.** — **Exposicion de bellas artes en 1863;** grabados. — **Estatuas de los mariscales conde Serrurier y Regnaud de Saint-Jean-d'Angely;** grabados. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

La cara.

Hé aquí una cosa en la que todos tenemos puestos los ojos.

Y sin embargo, no hay quien pueda verse la cara si no acude al recurso de mirarse en un espejo.

Nadie se hace cargo del sentimiento de curiosidad que nos impulsa á buscar al otro lado de esos pedazos de cristal, sin cuya prévia consulta apenas nos atreveriamos á salir á la calle.

Parece que tomamos ese apunte para poder distinguirnlos entre los demás.

Todo el que se acerca á un espejo dice interiormente: « Voy á ver quién soy yo. »

« Conócete á tí mismo, » ha dicho la antigüedad con la voz de la filosofía.

Y esto nos ha parecido profundo.

Nada hay mas superficial que un espejo, y sin embargo, antes que la antigüedad y que la filosofía habia dicho al hombre: « Mirate. »

La cara y el espejo son dos cosas estrechamente unidas por ese vinculo misterioso que une el tacto á la mano.

El tacto es el que continuamente nos está diciendo: « Esta es tu mano, este es tu brazo, este es tu cuerpo. »

O en términos mas breves:

« Aquí estás. »

Los espejos son los que todos los dias se nos ponen delante para repetirnos: « Esa es tu frente, esos son tus ojos, esa es tu boca. »



EXPOSICION DE 1863. — Infancia de Carlos V. Una lectura de Erasmo (Bruselas 1511), cuadro por M. L. J. Hemman.

O de otro modo mas completo :

« Ese eres tú. »

Suprimanse los espejos, y cada uno tendrá de su cara esa idea confusa que nos queda de las cosas que hemos perdido.

La cara es una especie de contraseña que es preciso comprobar todos los días a la luz de los espejos para no confundirnos con los demás.

Un hombre sin cara vendría a ser un anónimo, una carta sin firma, una especie de ser clandestino.

La cara es un agente de policía que nos va denunciando por todas partes.

Un hombre sin cara sería una cosa imposible; por ejemplo, sería una moneda sin acuñar, una i sin punto.

Ese espacio comprendido entre la frente y la barba, nos sirve de título por medio del que acreditamos la propiedad legítima del resto de nuestro individuo.

La cara es un estorbo indispensable.

El carnaval es una época del año en la que debe suceder algo muy vergonzoso, puesto que todos mostramos particular empeño en taparnos la cara.

Parece como que el placer, semejante a Eva, cae en la averiguación de que ha perdido la vergüenza y se apresura a ocultarse detrás de una careta.

Nada mas curioso que ese espectáculo de la multitud en que cada cual quiere mostrarse sin ser visto.

Dios ha puesto el pudor en la cara como la mirada en los ojos, la sonrisa en los labios, el sol en el cielo.

Cubrirse la cara es lo mismo que echar un velo sobre el pudor.

El gran peligro que hay para una mujer que se cubre la cara esta en que se olvide de quién es.

En medio de estas consideraciones nos sale al paso un contrasentido que dice así :

Para nada necesita una mujer tanta cara como para ser descarada.

Ese palmo de tierra que no se verá nunca libre del dominio de las facciones, es el lugar que ha elegido la vergüenza para vivir.

No tener vergüenza es casi no tener cara.

El mundo es una aduana, el hombre un fardo y la cara es la marca.

Dicen que la cara es el espejo del alma.

Esta es una idea que solo le ha podido ocurrir a las mujeres hermosas.

Equivaldría a decir : ningun tarro primorosamente labrado puede contener veneno.

¿ En qué consiste la belleza de una cara ?

Es posible que nos lo diga un pintor trazando sobre el papel unas cuantas líneas puras y correctas.

Pero esta es la belleza que los pintores ven por la punta de los pinceles.

Cada uno de ellos tiene otro modelo, otra cara llena tal vez de incorrecciones, que por medio de una maravillosa fotografía ha ido a grabarse en el corazón.

Para una madre no hay nada mas bello que la cara de su hijo.

La cara de la mujer mas hermosa no vale tanto como la cara de la mujer mas querida.

Repase cada uno su memoria, y es posible que todos encontremos algun recuerdo perdido en el fondo de nuestro corazón que pueda servir de festigo en este momento.

Hay mujeres que no serian tan bellas si no tuvieran algunos defectos.

He llegado a sospechar, y aun creo que alguna vez lo he dicho, que de una suma de imperfecciones puede resultar un conjunto bello.

Todos los niños son chatos, no tienen dientes, apenas tienen barba, la cara casi no es mas que la reunion de dos megillas. Pues bien, yo no he encontrado nada mas bello que un niño.

¿ No habeis visto alguna vez mujeres muy hermosas que tienen alguna facion muy fea ?

Por eso un lunar en una obra de arte es un defecto, y en una mujer es una perfeccion.

Hay quien dice que las mujeres feas no son mujeres, de lo cual debe inferirse, que una mujer fea es todo lo contrario de una mujer.

La Providencia debió comprender a tiempo la dificultad que esto opondría a la corriente fugitiva de las generaciones humanas, y puso en el hombre esa inclinacion constante hacia la mujer, no por ser hermosa, sino por ser mujer.

Resolvió la dificultad de las mujeres feas haciendo una belleza del simple hecho de ser mujer.

Por eso verdaderamente caras, no son mas que las de las mujeres.

Nosotros solo sabemos lo que cuestan.

Supongamos que el alma es un pensamiento; pues bien, la cara es la palabra de ese pensamiento, y la naturaleza no acierta siempre a expresarlo.

Así es que Sócrates no tuvo cara de Sócrates ni Nerón cara de tigre.

Así es que Demóstenes nació tartamudo y Esopo contrahecho.

Pero al fin la cara es un libro en el que cada uno lee a su manera.

Se nos obliga a llevar pegado en la frente esta especie de anuncio que nos va pregonando por todos los sitios que atravesamos; mas a cada uno se nos permite el uso especial de una coleccion de caras de que nos servimos segun el caso y las circunstancias.

Tomad una cara cualquiera: es indiferente que tenga la boca grande ó pequeña, la frente ancha ó estrecha, la nariz larga ó corta, los ojos oscuros ó claros.

Lo que importa es que esta cara pertenezca a un hombre que no sepa qué hacerse; que se encuentre en ese

momento en que todos los libros son insípidos, todas las mujeres insustanciales, todos los amigos impertinentes.

Mírese bien, y se verá una cara de fastidio.

Pero llaman a la puerta, esta se abre y entra una carta.

La carta contiene un solo renglon que dice : « Amigo mio, nos ha caído la lotería. »

Estas palabras tienen una virtud química, pues entrando por los ojos como un rayo de luz por el cañon de la chimenea, convierte la cara de fastidio en una cara de pascua.

Otra vez llaman a la puerta y otra carta penetra en la habitacion: es una carta que debiera estar escrita en el respaldo de la otra.

Es casi la misma carta, solamente que viene vuelta del revés.

Es una carta de otro amigo que pide dinero para salir de un apuro.

La cara de pascua se va trasformando poco a poco en cara de perro.

Tambien podemos hacer uso de las caras de piedra: estas viven como las murallas para cerrar el paso a todo.

Las mas útiles son las caras de vaqueta, estas son caras curtidas.

Decid si hay manera de confundir la cara del que pide con la cara del que da.

Colóquese a una niña de quince años entre su padre y su novio; obsérvese bien y veremos que tiene una cara para mirar a su padre y otra distinta para mirar a su novio.

La cara que la doncella encuentra todas las mañanas en el lecho perfumado de su opulenta señora, ¿ es la misma cara que todas las noches vemos nosotros en el teatro ?

La cara no es mas que un efecto de perspectiva.

Una superficie sobre la que refleja mas ó menos bellamente la luz del sol ó la luz del gas.

Solamente es una gran cosa cuando aparece interiormente iluminada por la luz de los sentimientos puros, por los rayos de un alma bella, por los reflejos de un corazón hermoso.

Entonces la cara es el cielo.

La noche.

¿ Quién no ha experimentado alguna vez la inesperada impresion de un dolor repentino ?

¿ Quién no se ha cogido un dedo al cerrar una puerta ?

¿ Quién al volver una esquina no se ha estrellado con la grave individualidad de un mozo de cordel, ó con la impasible unidad de un aguador ?

¿ Comiendo ó hablando, no os habeis mordido nunca la lengua ?

La noche entra perfectamente en este orden de ideas. Cualquiera de esas impresiones puede confundirse con la noche bajo un punto de vista comun.

¿ Qué es la noche ?

Medítese bien y se comprenderá que es una cosa que hace ver las estrellas.

El fenómeno se verifica de esta manera :

El sol, cansado de mirar a la tierra, levanta sus rayos al cielo como la mirada de un afligido.

Esa mirada, cuya significacion no aparece en ningun diccionario, y que sin embargo en todos los idiomas quiere decir ¡ cielo !

Después de este relámpago de sus últimos rayos, cuyas ráfagas brillan en todas direcciones como los reflejos de un incendio, desaparece detrás de una montaña, se esconde en la oscuridad del bosque lejano ó se sumerge en la mar.

Algunas nubecillas caprichosas se asoman al horizonte llenas de impaciente curiosidad, y al verse iluminadas por aquella última mirada, se quedan suspensas, vacilan en el aire y se ruborizan.

El viento corre de un punto a otro con silenciosa movilidad, dejando escapar por todas partes ese silbido tenue, que no hay letras con que poder escribirlo, y que quiere decir « silencio... »

Si el viento tuviera manos como tiene alas, estoy seguro que en esta ocasion expresaría su pensamiento poniéndose el dedo en la boca.

De paso mece a los árboles como si quisiera dormirlos.

Las hojas cuchichean y el agua corre a tientas tropezando con todo lo que se le pone delante, y murmurando como un ciego que va hablando solo.

La sombra se deja caer lentamente, extendiéndose poco a poco como una gota de tinta en un vaso de agua, y la noche se da a luz.

Desde este momento empezamos a ver las estrellas.

El cielo se hace mas azul para recibirlas.

El día será mas resplandeciente, pero la noche es mas hermosa.

De día se ve demasiado, es una luz muy fuerte que todo nos lo mete por los ojos.

No deja nada ni a nuestro deseo ni a nuestra imaginacion.

Es una especie de escalpelo que todo lo diseña.

Una habladora que todo lo dice, una indiscreta que todo lo enseña.

El secreto de la vida consiste en no ver mas que un poco de las cosas y suponer lo demás.

Para todo enamorado la cara de la mujer que quiere es un conjunto de perfecciones.

Ninguna le parece mejor.

Hay sin embargo un caso en que esta regla general se ve únicamente comprometida.

Este caso es otra cara cubierta con un velo.

Estoy seguro de que los amantes se quieren mas de noche que de día, porque se ven menos y se imaginan mas.

Ese color de rosa de que todos tenemos un poco para embellecer la palidez de lo que llamamos realidad, es un cosmético que necesita la sombra para brillar.

Un niño está siempre mucho mas alegre que un hombre, porque ve menos; y un anciano está siempre mas triste que un joven, porque ya lo ha visto todo. Una de las cosas mas bellas que hay en el mundo es el pudor; pues bien, analicé y veremos que el pudor no es mas que un velo.

La noche brilla en medio de la oscuridad, como una mirada de mujer en unos ojos grandes y negros.

El que quiera sondear el corazón de un amigo ó de una mujer, que elija la armoniosa soledad de una noche tranquila.

Parece que entonces el corazón humano se halla en presencia de la eternidad y se descubre entero.

En esos instantes en que todo es misterioso y fantástico, el alma se escapa como el perfume contenido en un vaso.

La noche es el momento de las íntimas confidencias.

El corazón humano, semejante a la magnolia, solo se abre en el silencio y en la oscuridad de la noche.

Como no nos vemos, nos parece que no somos nosotros mismos.

¿ Qué nos importa de día el ruido de la gente que pasa por la calle, ó el estrépito de un coche que al pasar hace temblar el pavimento ?

A la una de la noche ya es otra cosa.

Los pasos solitarios de un transeunte que resuenan en las baldosas, a compás como los latidos de un reloj, el murmullo de una conversacion que se pierde, el ruido de un balcon que se abre, una voz, un suspiro, un silbido, todo excita nuestra curiosidad y despierta nuestro interés.

De noche parece que acabamos de nacer, pues todo se presenta a nuestros ojos con una irresistible novedad.

El día es un escándalo; la noche es un secreto.

De día se ve lo que hay; de noche lo que se sueña.

De día se ven los palacios, las ciudades, la pompa, el lujo y la soberbia de los hombres.

La noche borra con su mano invisible el espectáculo de nuestra grandeza, para que podamos levantarnos un poco sobre nuestra miseria.

El día, presentándonos por todas partes la opulencia, el lujo, las sonrisas equivocadas, las miradas atrevidas, los vestidos brillantes, en una palabra, la corteza de nuestro ser, nos va diciendo a cada paso : « Hé aquí el hombre. »

La noche, desatando el hilo misterioso de nuestros sentimientos y de nuestras ideas, nos dice : « Hé aquí el alma. »

De día se ve la tierra; de noche el cielo.

De día se trabaja; de noche se vive.

De día el negocio, la oficina, el taller; de noche el amigo, el amante, la familia.

Todo adquiere durante la noche una inmensa solemnidad, todo se ennegrece al contacto de esa sombra que cae sobre la tierra como un bálsamo.

Ese silencio sonoro, esa oscuridad brillante, esa soledad llena de seres misteriosos que aparecen y desaparecen y cambian de forma y lugar a cada instante, parecen la revelacion de una vida incomprensible, de una naturaleza distinta, de un mundo desconocido. El día se ha hecho para la materia, la noche para el espíritu.

Hay una gran parte del alma que indudablemente despierta por la noche, y que pasa el día sumergida en un profundo letargo. Acaso se dirá que esta parte del alma hace mala vida.

De noche es cuando el hombre se encuentra frente a frente de sí mismo.

Entonces es cuando se sondea a sí propio y registra minuciosamente los rincones de su memoria, los mas ocultos aposentos de sus deseos y el fondo impenetrable de su conciencia, como de día registra los secretos de su gaveta y examina las ocultas interioridades de sus bolsillos.

De noche es cuando hace sus terribles visitas el remordimiento; de noche es cuando los recuerdos se levantan de la sepultura del olvido como sombras evocadas por un conjuro; de noche es cuando el hombre se adivina, se siente, se habla y se reconoce.

No sé qué relaciones existen entre el mundo físico y el mundo moral, pero me acomete la sospecha de que si no hubiera noche no habría conciencia.

De día el hombre se oculta a sus ojos entre los demás; de noche se descubre a sí propio, como una confidencia que se hace a sí mismo y que debe olvidar al amanecer.

La noche es un espejo en el cual se miran tranquilamente los corazones puros y del que huyen espantados los corazones perversos.

El estrépito de la vida se apaga, la luz se desvanece y el silencio y la oscuridad nos llevan poco a poco al borde de ese abismo que todos llevamos en el corazón.

Considerándolo atentamente, la noche es una especie de pantalla que nos rodea de sombra para que podamos vernos con toda claridad.

¡ Cuánta justicia se encierra en ese terrible absurdo !

Nuestro pensamiento se nos pone delante como una luz que penetra al través de los párpados y nos guía por el incomprensible laberinto de nuestro ser.

De día el hombre es una máquina, ó mejor dicho, el

diente de una de esas ruedas que forman el mecanismo de un pueblo, y que engranándose unas con otras, componen ese gran reló que se llama humanidad, que ha fabricado ya seis mil años de tiempo.

De día es el hombre la herramienta mas ó menos grosera de un taller en el cual labra minuto á minuto la parte que le corresponde á esa primera materia que se le llama vida.

De día el hombre no es mas que la parte imperceptible de un todo, que va donde la llevan, que se dobla cuando la oprimen, que cede cuando la empujan.

De noche sacude, por decirlo así, el polvo del trabajo, y en medio de la oscuridad y del silencio se busca, se encuentra y se reconoce.

Entonces ó se estima ó se desprecia.

De noche construimos esas magníficas obras conocidas en la historia de la bella arquitectura con el nombre de castillos en el aire.

De noche fabrica cada uno las doce horas del día siguiente, pintándolas á su gusto y cortándolas á su medida.

De noche es cuando se asoma á los ojos del joven que siente en su alma los primeros latidos de un amor verdadero, la hermosa mujer á quien busca y que no ha visto todavía, y le dice: «Yo soy.»

De noche viene á pedirnos una caricia con sus ojos alegres, sus megillas redondas y sus labios sonrosados, el hijo que aun no hemos tenido.

De noche viene á buscarnos esa hada fastuosa que nos guarda un tesoro escondido detrás de cada día.

De noche juegan con nuestro espíritu esa multitud de ideas incomprensibles que vagan por el mundo misterioso de la inteligencia sin haber encontrado su forma todavía.

De noche, en fin, es cuando el alma se levanta sobre la tierra, como el perfume sobre las hojas.

De día se vegeta; de noche se medita.

¿Qué son las realidades del día ante los misterios de la noche?

Lo que es la estrechez de una palabra á la inmensidad de un pensamiento.

Esto sería interminable, y es preciso acabar.

El hombre se disfraza al amanecer de vecino, de ciudadano, de autoridad, de escritor, de artesano, de amigo, de amante, de vago, de calavera ó de banquero.

Por eso de día todo se convierte en bromas, riñas, engaños, algazara, tumulto, confusión, brillo y movimiento.

De noche suelta el disfraz y se queda de hombre.

Por eso de noche todo es serio, silencioso y solemne.

JOSE SELGAS.

La vecindad.

«La sociedad camina á paso de carga hácia un precipicio; esto es tan claro como la luz del día...»

Así comienza un artículo eminentemente filosófico que hace tres días quise concluir, y del cual no he escrito sin embargo, mas que los dos renglones anteriores. Y no es, lector benévolo, que yo no sepa escribir, ó que sea holgazán, y más aficionado, como tantos otros, á tomar el sol á la puerta del Suizo que á tomar la pluma, á la que por fortuna ó por desgracia debo mi subsistencia; es decir, el miserable y vil dinero con que mi criada compra los garbanos en la tienda y el pan en la tahona. — Es que yo no puedo escribir en mi casa; es que mi casa es otra Babel, donde todos hablan y nadie se entiende; es que mis vecinos están poseídos del demonio, ó se han dado de ojo para impedirme trabajar y quitarme, como quien dice, el pan de la boca.

Y luego vendrán los demócratas encareciéndonos la libertad del trabajo, amen de otras muchas libertades!... Yo no tengo esa libertad, y la mayor parte de los que se dedican á trabajos intelectuales, sin tener antes la precaución de trasladarse á un desierto, carecen de ella como yo.

Apenas amanece Dios y dejan el mullido lecho mis vecinos y mis vecinas, abrense con estrépito todas las puertas y ventanas de la casa, y comienza un agradable concierto en que toman parte unos veinte canarios que habrá en la vecindad, y una docena de tórtolas, que con su monótono y acompasado arrullo, halagan lastimosamente mi oído y ponen á prueba mi paciencia. Convencido de que no he de poder dormir, salto del lecho, me visto, me lavo, y despues de encomendarme á Dios y pedirle el pan de cada día, siéntome á trabajar con la mejor voluntad y con el mejor deseo. Voy á continuar una escena muy patética de cierto drama, una escena entre un padre ofendido en su honra y una hija ofendida en la suya, en la cual él dice grandes cosas, grandes verdades filosóficas, y ella se disculpa como puede, y él se irrita, y ella se humilla, y él se vuelve loco y se tira por la ventana, y ella no puede con el peso de su crimen y se sopla entre pecho y espalda un vaso de agua con cerillas.

Y cuando mas sonoros y mas robustos me salen los versos, cuando parece que saco los consonantes del tintero, á juzgar por la facilidad con que los encuentro, comienza el siguiente diálogo, que me distrae y me hace perder el rumbo y suspender mi trabajo:

— ¡Buenos días, vecina!

Esta es la señora del principal, que está colgando en

la ventana del patio algunas prendas recientemente lavadas.

— Muy buenos, señora.

Esta es la mujer de un empleado en la Deuda que vive en el segundo piso.

— ¿Ha visto Vd. qué calor?

— ¡Ya! ¡Ya!... Yo no he podido dormir en toda la noche... ¡No he hecho mas que dar vueltas!... He tenido una desazon...

— ¡Es que en esta casa no se puede parar con las chinches!

— Aquí no las tenemos, porque como mi marido es tan cuidadoso, no ha parado hasta encontrar una receta para matarlas...

— ¡Ay! ¡vecina!... ¡Qué suerte tiene Vd. con su marido!... ¡Vaya Vd. á decir á los hombres de esta casa que traigan una receta para matar las chinches!... Aquí hay tres; pero le aseguro á Vd. que en sacándolos de sus libros y sus papelotes no he visto hombres mas inútiles.

— Y ¿cómo está el niño, vecina?... Ya no me acordaba de preguntar por él...

— El angelito está en un ¡ay!... ¡Con eso de la dentición!... Esta noche pasada no ha descansado un momento... Toda la noche llorando... Por mas que su padre se levantó tres veces en camisa á pasearle por la sala... por mas que le dábamos jarabe... ¡nada!... ¡Ahora tiene una calentura que arde!... Crea Vd., vecina, que no tengo gusto para nada... Por un lado el niño, por otro su padre que estaba de un humor que, como yo le digo, si lo tuviera en las piernas no podría andar... Estoy aburrída... ¡Allá voy!... ¿Ve Vd.?... ¡Ya se ha despertado otra vez el niño!... ¡Hasta luego, vecina!

Diganme Vds. si oyendo semejante conversacion, es posible mal hilvanar siquiera una escena de drama, ni aun de sainete.

Pasados algunos minutos, vuelvo á coordinar mis ideas, y me dispongo á continuar la escena de la gran catástrofe que dejo indicada; pero al mismo tiempo que voy á poner la pluma en el papel, la criada del piso tercero pone el grito en el cielo cantando:

De los toros que he corrido

Me han cogido mas de cien,

Y aunque tantos me han cogido

Ninguno me cogió bien.

Y en esto aparece en la ventana del piso segundo otra Maritornes que grita:

— ¡Pascuala!...

Y se presenta Pascuala, y entre esta y la otra comienza otro diálogo, que me impide continuar el del padre y la hija de mi famoso drama.

— ¡Hola, Petra!... ¿Estás enjabonando?...

— No, chica, yo quiero mejor ir al río...

— ¿Te toca salir el domingo?...

— Sí.

— Saldremos juntas... Tú ¿dónde vas?...

— Conforme; unas veces á *Chameri*, otras al *Eliseo*...

¡Como han puesto de balde la entrada para las señoras, nos reunimos allí un monton de ellas!...

— Yo, no he ido nunca...

— Pues, chica, está muy bien... ¡Hay pólvora, *treato*, y su tocador de señoras, y su *ambriquí*!... ¡Y yo sé ya las habaneras!...

— Yo, como sabes que tengo...

— Sí, ya te *vide* el domingo... Chica, á mí me gusta la libertad, y ya tú ves, como ahora está en el moro... Y mira lo que es, él me quiere, y cuando cumpla, que ya no le falta mas que dos años, si no llega la rebaja, me tiene dada la palabra de casamiento... Y no creas que es un cualquiera... El tiene su oficio, *herraor*!... Ya ves que ya no se puede morir de hambre...

— ¡Vaya! ¡voy á ver el puchero!

— Y yo á cuidar el principio... Ya van tres días seguidos que se me pega, y á la señorita se la lleva el demonio cuando lo saco á la mesa... Y ya ves, una no puede estar en todo... porque los niños por un lado, la plancha por otro... Y luego, solo para ir á abrir la puerta, que en todo el día cesa la campanilla... Si fuera como en otras casas donde yo he servido, que habia lacayo y asistente; pero aquí... no hay nadie mas que yo y gracias... Y es tontería, la que está en la cocina no puede atender á otra cosa...

Terminado este diálogo, vuelvo á intentar la continuación del de mi drama, á tiempo que entra en el patio un ciego, diciendo:

— ¡Devotos de la Virgen!... ¿Quién me la manda rezar?... ¡San Cosme y San Damian! ¡Animas de ajusticiados!...

Y la señora del piso principal de la izquierda que sale á la ventana, le envía seis ú ocho cuartos, haciéndome sospechar si entre las animas de los ajusticiados á que se refiere el ciego, estará la de alguno de quien conserve memoria la tal señora, que segun malas lenguas es una dama de cuenta, tan buena para un fregado como para un barrido...

Y comienza el ciego á cantar en un tono capaz de sacar de tino á un sordo, y el perro de la portera, que estaba tendido al sol junto al pozo, le despide con sonoros ladridos, y vista su actitud hostil por el ciego, se dispone este á defenderse de toda agresión, y reparte palos á diestro y siniestro sin alcanzar al animalito, que cada vez se irrita mas, y el ciego continúa sacudiendo, y rompe los cristales de una ventana del piso bajo, y á un chico que entra en el patio muy tranquilo, le arrima un palo en la cabeza que por poco le deja en el sitio.

A las voces del chico sale la madre de este, que es-

taba muy tranquila haciendo media, porque ella no sabe estar parada, y viene la portera con la escoba, y el ciego sale como puede, diciendo: «¡Ahí queda eso!» y el perro se vuelve á tender al sol, contento con no tener en su presencia al mendigo.

— ¡Hijo mio!... exclama la madre del herido... ¿quién te ha hecho eso?...

— ¡No sé!... contesta el chiquillo llorando á lágrima viva...

— ¿Porqué ha pegado Vd. al chico? pregunta la madre á la portera...

— ¿Yo?... ¡Vaya Vd. al cielo, señora!... Pues si yo estaba barriendo la escalera cuando oí ladrar al perro, y bajé...

— Pues á mi niño alguien le ha pegado... ¿Quién ha pegado, hijo mio?

— ¡Ha sido la señora Blasa!...

— ¡Oye, embustero!...

— Sí, señora, sí, Vd. habrá sido... Sí Vd. no puede ver á esta criatura...

— ¡Pero, señora, máteme Dios!...

— ¡Vaya un alma!... ¡Pegar á un inocente!... ¡Como usted no tiene hijos!... Agradezca Vd. que yo no lo he visto, porque entonces, ya le habria caído á Vd. la lotería...

— Pero sí le digo á Vd....

— Calle Vd., tia vieja... que tiene Vd. un alma como un caballo.

— Mire Vd., doña Mariquita... que no me mueva de aquí, si he tocado al chico...

— Sí, sí, niéguelo Vd... ¿Quién te ha pegado á tí, rey del mundo?...

— ¡La señora Blasa!... ¡me ha pegado con la escoba!...

— ¿Lo quiere Vd. mas claro?... Bribonota! mas vale que tuviera Vd. cuidado de la casa...

— Mire Vd., á mí no me venga con fueros porque...

— ¿Y qué?... Qué me hará Vd... ¿A qué no me pega Vd. á mí?... ¡Si es Vd. bizca!... para que sea usted buena... ¡El dominio de la tia Marizápalos!...

— Vaya, señora, váyase Vd. á su casa, que me parece que no está Vd. en su juicio...

— Sí, ¡me habrá Vd. pagado el aguardiente esta mañana!... Ven acá, sol dorado...

— Pero oye, embustero, ¿porqué dices que te he pegado yo?...

— Porque sí...

Pero al llegar aquí, el asistente del piso bajo que habia presenciado la escena que dió origen á la que acabo de describir, explica breve y sucintamente lo sucedido, con lo cual termina lá cuestion, despues de media hora de comentarios y reconveniones á la portera, porque permite que el perro ladre, y porque no está en su chibitil para ver quién entra y quién sale en la casa.

Por supuesto que yo á todo esto no he podido escribir mas que ocho versos de mi interesante escena, ocho versos que probablemente tendré que variar despues, porque no serán dignos de la obra ni del autor. No me entretengo, sin embargo, en corregirlos; lo que importa es concluir la escena, que tiempo habrá despues de repararla y pulirla.

¡Qué profundos pensamientos se me ocurren para puestos en boca del ultrajado padre!...

Llevo la pluma al tintero, y al ir á ponerla sobre el papel, me detiene una voz que parece del cielo, porque procede de la boardilla, una voz que grita:

— ¡Fuego! ¡Fuego!

Y armase en la casa tal estrépito y barahunda tal, que no parece sino que el tirano Baltasar ha vuelto al mundo y acaba de celebrar un festin con igual ó parecido término que aquel otro, de que ya tienen Vds. noticia. Abrense puertas y ventanas, gritan las mujeres, corren los hombres, y algunos se disponen á saltar al patio desde las ventanas, ladran los perros, maullan los gatos, los vecinos mas valientes tiran á la calle colchones y muebles, en la parroquia tocan á vuelo, vienen la autoridad, los bomberos, las bombas, los aguadores, un batallon y multitud de gente curiosa.

Reunidos todos estos elementos para combatir el destructor elemento que se anuncia, y que así pone en conmoción á tanta gente honrada, se advierte que no hay reja ni rendija en la casa por donde salga el humo que indique la existencia del fuego, de lo cual se deduce cuerda y prudentemente que no hay tal fuego, cosa que luego resulta bien clara con las explicaciones que da la pecadora vecina que promovió el tumulto, por haber visto arder en su alcoba un rueda incendiado por un fósforo, perteneciente sin duda á cierto amigo de la tal vecina, encajera por mas señas, que allí habia estado de visita momentos antes.

Tres horas ó mas tardan en tranquilizarse los vecinos, y hay señora en la casa que sospecha que el fuego está oculto, y que cuando mas descuidados nos hallemos, volará la casa hecha cenizas. Retiranse los trabajadores y todos los funcionarios llamados á intervenir en estos casos, y al parecer la tranquilidad recobra su imperio en la vecindad.

Pero sí, sí, ¡buenas y gordas! entonces comienzan los comentarios sobre los descuidos que suelen ser origen de incendios, sobre la circunstancia notable de que nunca un fuego viene solo, sobre el desarreglo en que al parecer vive la encajera, que dió la voz de alarma, y sobre otra infinidad de cosas que podrían ser muy importantes, pero que ni á mis vecinos ni á mí nos importan.

Ya son las tres de la tarde, y no he podido aun escribir la escena de mi drama entre el padre y la hija; pero ahora parece que calla la vecindad, y que al fin se ha

resuelto unánimemente que cada cual se ocupe en sus quehaceres sin perjuicio de tercero, y que el que en nada se ocupe se tienda á la bartola ó se vaya á dar una vuelta por ahí.

Pero está de Dios, mejor dicho, de la vecindad, que yo no escriba la escena de mi drama, porque hasta mis oídos llega el siguiente interesante diálogo entre una señora inquilina del tercero y su apreciable esposo:

— Ya te he dicho, Soledad, que no me pidas.

— Yo no pido nada que sea fuera de razon, Juan; yo necesito un vestido y un pañuelo de capucha.

— Yo necesito otras muchas cosas y me paso sin ellas.

— Yo no puedo ir á casa de doña Gertrudis, porque es una vergüenza que me presente con el mismo vestido todos los dias.

— Nada pierdes en no ir á esa casa, porque á mí no me gusta que vayas sola á



Campamento de Chalons : música de los turcos.

ninguna parte, y mucho menos á donde va tanto hombre.

— Sí, ¡que los hombres me van á comer!...

— No, á comer precisamente no; pero en fin, yo me entiendo y tú me entiendes...

— Sí que te entiendo; lo que tú quieres es que tu mujer sea tu esclava.

— No; lo que yo quiero es que mi mujer sea mi mujer.

— Pues tú verás cómo me compras lo que necesito.

— ¿Cómo lo compro?... Con dinero, hija; pero como no lo hay, como soy cesante para servir á Dios y al ministerio, como los gastos que tenemos son iguales á los que teníamos, y los ingresos son mucho menores...

— Es claro, y estaremos así hasta que Dios quiera.

— No, hija mia; Dios no interviene en la provision de los destinos públicos; lo seguro es que continuare-



Maniobras ejecutadas por los spahis delante de S. M. el emperador.

mos en este estado, empeorando á medida que avanza el tiempo, hasta que este ú otro gobierno se acuerde de mí...

— Pues yo no me casé contigo para eso.

— Es decir, que no te has casado conmigo, sino con mi empleo.

— Justo.

— Pues mira, me parece que ya se me va acabando la paciencia y que vamos á acabar mal.

— Di que empezamos mal; ya ves, á los dos años de matrimonio ya no tienes sobre qué caerte muerto.

— Eso sí que no es cierto. ¿No ves qué patio tan hermoso tiene esta casa?

— ¡Bah! A tí no te da tan fuerte. Si tú tienes horchata de chufas en las venas... ¡Jesus! ¡Qué hombre! Otro hubiera minado ya el mundo entero para que le devolvieran su destino, pero tú... Sí, si... que si quieres. ¡Ay! Sí yo hubiera sabido quién eras tú...



Café moro.

— Mira, Soledad, no me tientes la paciencia, y tenla tú... Ya sabes que yo soy un borrego; pero, hija, tú tienes una lengua...

— No, lo que es á mí no se me ha de quedar nada en el cuerpo. Tú eres un pelagatos.

— ¡Cómo pelagatos!... Y un momento despues, gritaba Soledad!

— ¡Socorro!... ¡Vecinos, que me matan!

Yo no puedo dejar de cumplir el deber que la humanidad impone á todo hombre de amparar y defender al débil contra el fuerte, y subo al piso tercero, á cuya puerta encuentro casi toda la vecindad alarmada con aquellos gritos, y temerosa de que el cesante cometa el mas horrible de los crímenes.

Tiran mis vecinos de la campanilla, sin que se presenten el agresor ni la víctima (y no es fácil determinar en este caso cuál de los dos es la victima y cuál el

agresor); y cuando ya hemos decidido enviar aviso al inspector y al juez del distrito, se abre la puerta y aparece Soledad, puesta en jarras y diciendo:

— ¿Y qué?... ¿Qué hay? ¡Vaya! que no puede una respirar en su casa, sin que todo el mundo venga a curiosar... ¿Y qué?... Hemos tenido unas palabras mi marido y yo, y él me ha levantado la mano... ¿Y qué?... ¡Para eso es mi marido!... ¡Pues!

Y cierra la puerta, dejándonos á todos viendo visiones, á pesar de que no la vemos á ella ni á su marido, y despues de emitir cada cual su juicio respecto del carácter de aquella mujer, éntrase cada uno en su habitacion, decididos todos á no intervenir otra vez en las discusiones del tal matrimonio.

Vuelvo pues á mi drama, formalmente resuelto á no distraerme; y para lograrlo, me traslado á la sala que está bastante lejos del patio.

Acabo de mojar la pluma por la milésima vez, y ya he podido escribir un verso completo, cuando al dirigir la vista involuntariamente á la fachada de la casa de enfrente, distingo en el balcon del piso principal el mas hechicero rostro de la presente edad, perteneciente á cierta jóven, á quien hace el oso toda la parte masculina de Madrid. La niña está colocada entre las dos hojas de la persiana; y una vez hace gestos mirando á derecha é izquierda, demostrando bien claramente que en la calle, á derecha é izquierda, hay cosas ó personas que le llaman la atención.

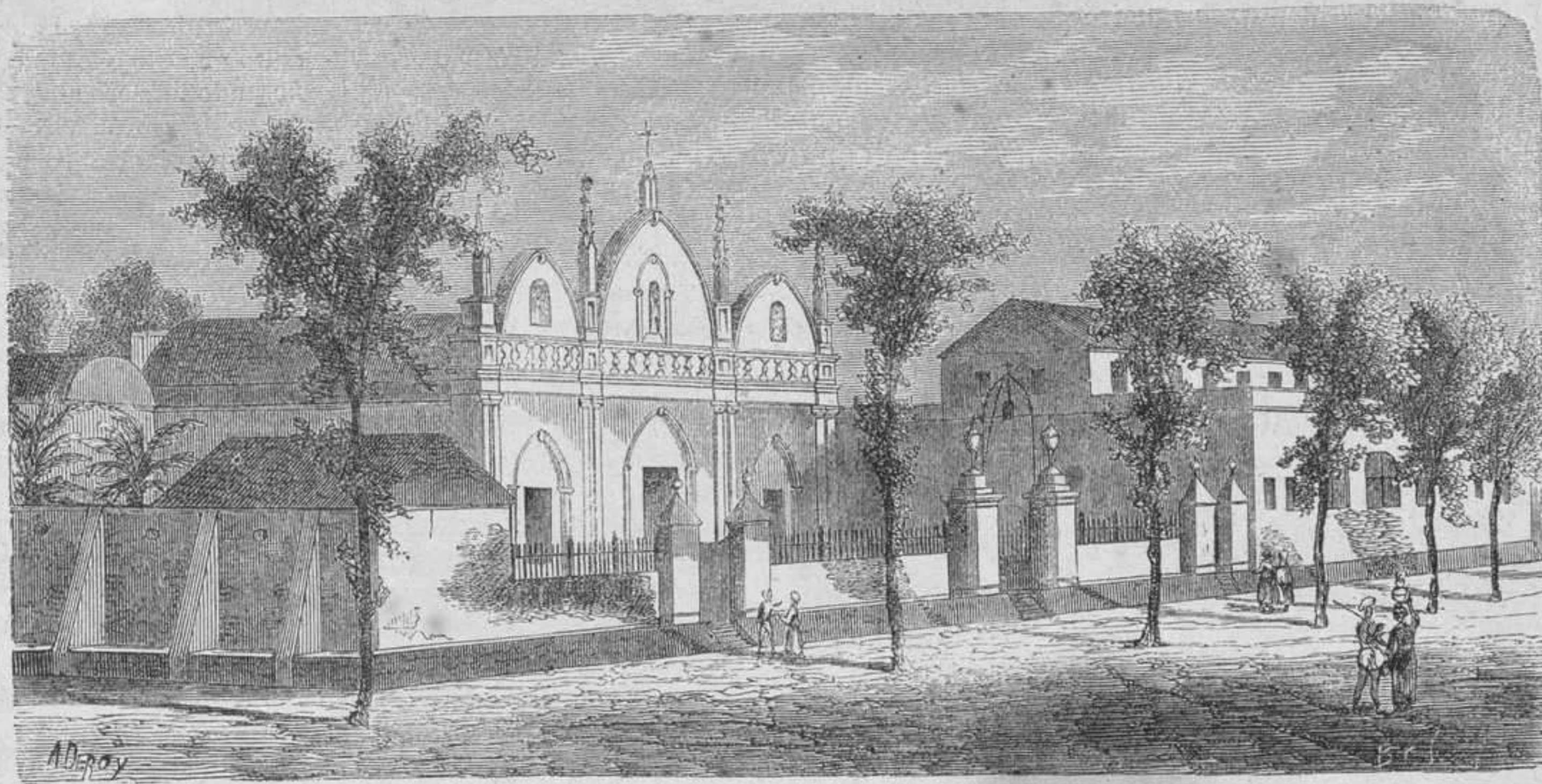
La maldita curiosidad me saca al balcon, deseoso de ser testigo del juego de aquella niña, y me entretengo honestamente viendo



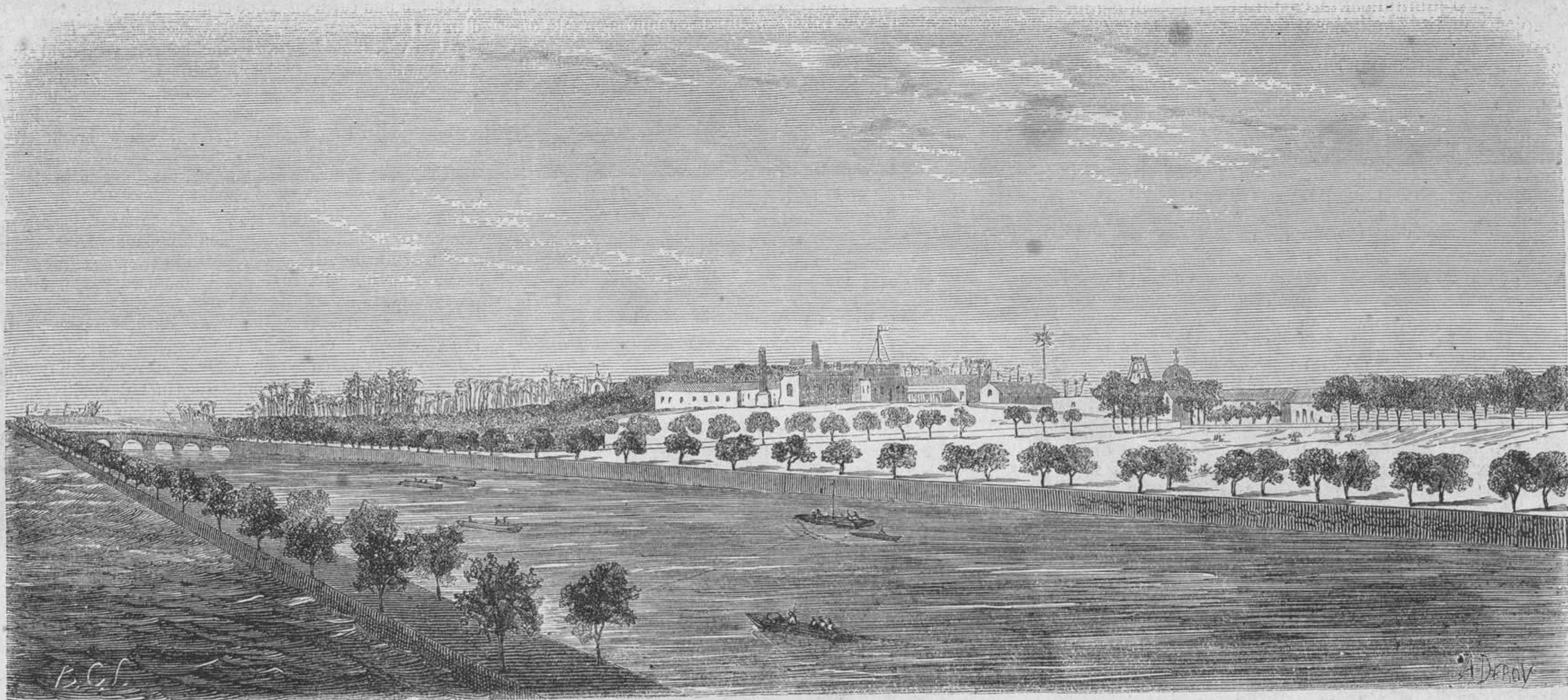
El banian.

cómo le hacen el oso dos jóvenes del tenor siguiente, que delante de los balcones de la señorita lucen sus gracias y apostura; pero uno de los dos que debe ser mas avisado que el otro, ha comprendido sin duda que no es él el único sitiador de la plaza, y que el otro se cree con derecho igual, y resueltamente se acerca á su rival, y entre los dos se entabla un caloroso diálogo, que termina dándose las manos los personajes y retirándose cada uno por su lado, despues de haber resuelto seguramente que el plomo ó el hierro decidan quién es el mas guapo y digno de merecer el amor de aquella niña, que al ver juntos á los dos competidores, se ha retirado avergonzada y confusa, y probablemente á hacer la visita á un tercero, que tiene sobre los otros dos la ventaja de entrar en la casa, etc. El dia está muy bueno, y á mi

me distrae grandemente ver la gente que pasa por la calle, tanto que me olvido del padre y la hija de mi drama, divertido con las travesuras de un mono conducido por un partidario de la unidad italiana; el animalito sube á los balcones con gran agilidad, y los vecinos le acarician y le regalan, y él se relame de gusto y se muestra en extremo agradecido; llega el mono á mi balcon, y yo le sirvo algunos terrones de azúcar que se engulle muy gravemente, y algunas monedas que él mismo arroja al italiano del organillo, como quien quiere hacer ver que el dinero no le inspira otra cosa que profundo desden. Y en estas reflexiones filosóficas comienzo á engolfarme, cuando veo con asombro que el mono salta dentro de la sala, y que una gata de Angora que yo tengo se arroja sobre él, y le arrima unos



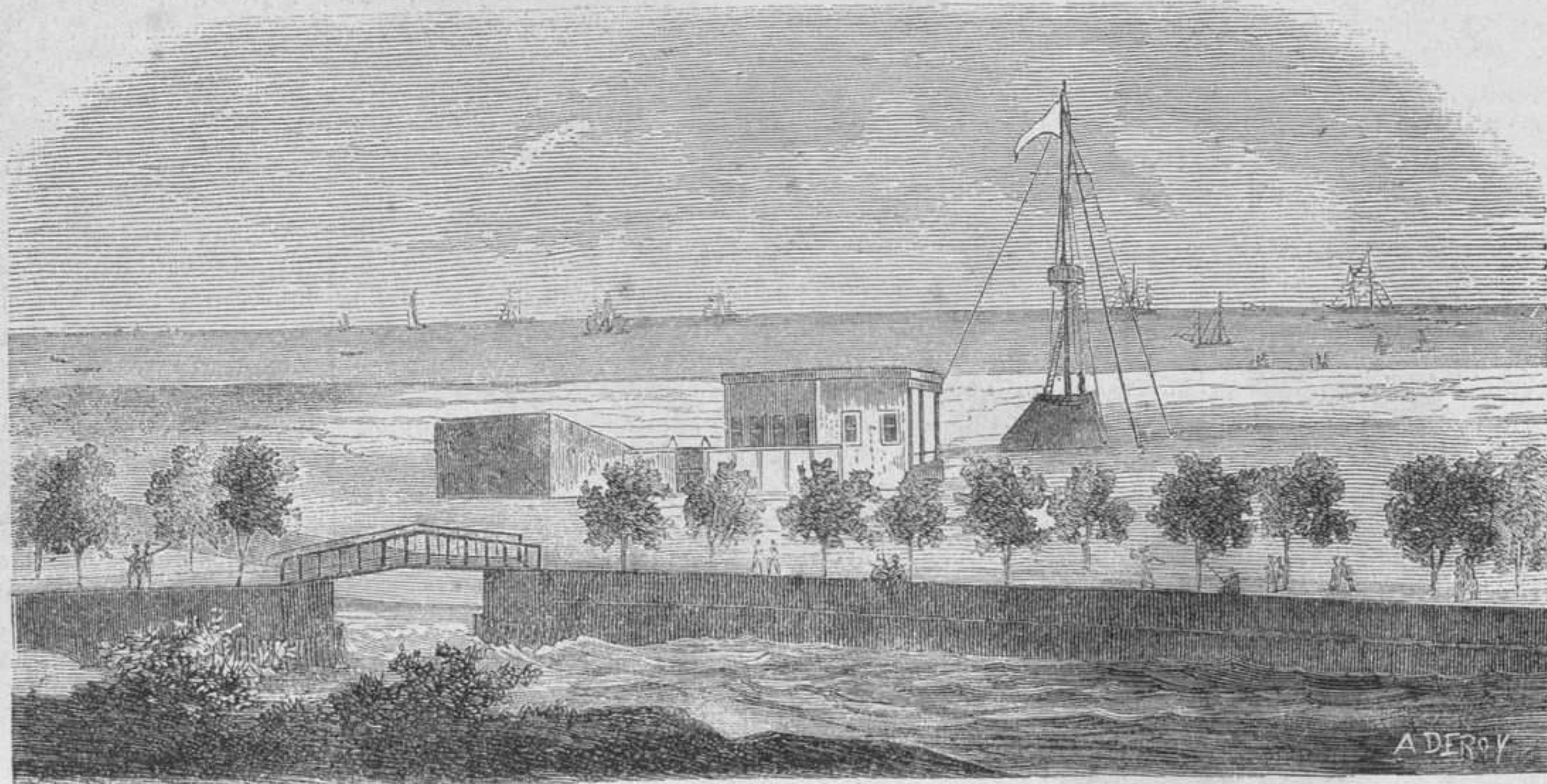
Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles.



Vista de Karikal por el lado del mar (orilla derecha del Arselar).

cuantos arañazos; irritado el mico, se defiende de la gata valientemente, y yo, que sufro presenciando aquella escena de horror, cojo un palo y comienzo á aplicarlo á los combatientes, con lo cual el mono huye por el balcon y la gata se tira á mí, y me pone la cara como un mapamundi, y gracias que no se queda con mis ojos entre las uñas.

Desesperado cierro herméticamente balcones y ventanas, enciendo una vela y me dispongo á trabajar, haciendo completa abstraccion de la sociedad y de todo el mundo. Pero mi criado que abre á todas las señoras que se presentan á la puerta y me niega siempre á todos los caballeros poniéndome así algunas veces en graves conflictos, introduce en mi despacho ¿á quién dirán ustedes? á la vecina del piso tercero, á la mujer del



Desembarcadero en Karikal.

cesante, á quien este tuvo, como han visto Vds., que llamar al órden, aplicándole algun bastonazo ó cosa por el estilo.

— Perdone Vd., me dice, si le molesto, vecino, pero vengo á que Vd. me aconseje.

— Una mujer guapa que pide consejos es digna de toda consideracion, y todo caballero tiene el deber de amparar y defender á las pobres mujeres, me digo yo olvidando mi drama, para consagrar toda mi inteligencia á la cuestion que aquella señora va á presentarme.

— Mire Vd., me han dicho que Vd. es abogado, y yo quiero aconsejarme de Vd. para que me diga lo que he de hacer con mi marido. Ya lo sabe Vd., vecino, es muy bruto, y yo no quiero hacer vida con él; es decir, que yo quiero que se vaya bendito de Dios y que me deje en

paz, pero por supuesto, pasándome los alimentos; porque ya ve Vd., yo no tengo aquí familia, porque mi madre está en Chielana con mi hermana, que está casada allí con un propietario, y aquí solo tengo una tía que tiene casa de empeños, y que no me tendrá en su casa sino con su cuenta y razón, porque ya ve Vd., en estos tiempos nadie hace un favor sino por la cuenta que le tiene, y a nadie le gusta que se le arrime otro. Pues como digo, yo quiero divorciarme, porque ya mi marido y yo no podemos vivir en paz aunque lo mande la bula, porque mire Vd., cuando le veo, se me representa el mismo demonio, y en fin, que no puede ser... y no hay que darle vueltas; donde no hay harina, todo es mohina... Y ya me entiende Vd... Con que hágame usted el favor de decirme lo que he de hacer.

En esto oigo la voz de mi criado que grita: « ¡ Socorro! » y cuando voy a salir a enterarme de lo que ocurre, veo que entra en la sala echando chispas el marido de la señora del divorcio, y que no sé por quién ha averiguado que estaba allí. Figúrense Vds. la que se arma; la señora grita y se desmaya; yo cojo una silla y le abro la cabeza, y como es consiguiente, bajan y suben los vecinos, se llama a los agentes de policía, y se quiere que yo vaya a concluir mi drama al Saladero.

Gracias a la intervención de algunas personas razonables, y después de las explicaciones convenientes, se aplaca el marido, vuelve en sí la esposa, y quedo solo otra vez.

Después de un día como este, es imposible que yo escriba una línea.

Lo dejaré para mañana.

Si lo permite la vecindad.

Un año hace que estoy dejando para mañana la escena entre el padre y la hija de mi famoso drama.

CARLOS FRONTAURA.

Establecimientos franceses en la India.

NOTAS SOBRE KARIKAL Y SU TERRITORIO.

(Conclusion.— Véase el núm. 557.)

El banian ó multiplicante es un árbol notabilísimo. Sus hojas son lisas, elípticas, frágiles y lustrosas. El fruto es del género de una avellana, de un rojo oscuro y de un gusto insípido. Los cuervos y los murciélagos los comen, y como las semillas no se alteran en los intestinos de los animales, conservan su calidad germinativa. Muy a menudo cuando han sido depositadas en las paredes de una casa, echan raíces. Este árbol abunda mucho en el establecimiento de Karikal; pero no hay que confundir el multiplicante, *ficus bengalensis*, con el *ficus religiosa*, árbol azucarado. Las ramas salen del tronco horizontalmente, y a lo largo de estas ramas bajan verticalmente unos vástagos rematados en una especie de cabellera que se adhiere con fuerza a la tierra una vez que la toca y se arraiga; con uno solo de estos árboles se forma una pequeña selva.

... La ciudad de Karikal situada por 10° 55' de latitud Norte y 77° 24' de longitud Este, se extiende del Sur al Norte sobre una longitud de 2,037 metros, y del Este al Oeste sobre una anchura de 945 metros en medio de un llano cultivado en parte; la otra parte está por cultivar y ocupada por las casas que han levantado en todo el antiguo cauce del río que rectificaron en 1854. Dista del mar 1,937 metros.

El establecimiento de Karikal compuesto de 110 aldeas, tiene una superficie total de 13,515 hectáreas. Le separan corrientes de agua del territorio inglés al Norte y al Sur, pero al Oeste sus límites son convencionales.

La Francia posee este establecimiento desde el 14 de febrero de 1734, fecha de la primera toma de posesión.

En cuanto a edificios notables, se pueden citar después de las pagodas indias y las mezquitas musulmanas, la casa del jefe de servicio, la fábrica Santa Ana, y las dos iglesias, una consagrada a San Antonio, y otra a Nuestra Señora de los Angeles. Esta se encuentra en la parte de la ciudad que habitan los europeos, y la sirven sacerdotes de las misiones extranjeras. Al lado de la iglesia está el presbiterio.

La ciudad es bonita y regular; tiene las calles rectas y muchos jardines. En otro tiempo estuvo fortificada. A tiro de cañón se hallaba el fuerte de Karkangery, del que solo queda en el día una pequeña parte del foso y de su revestimiento.

La población del establecimiento de Karikal ascendía en 1° de enero de 1861 a 52,699 habitantes; la ciudad entra por más de 12,000 en este guarismo. Había habido sobre el año anterior un aumento de 652. En 1860 el número de nacimientos fué de 2,026, el de defunciones de 1,932, y el de casamientos de 679.

El territorio encierra una añilería, 3 fábricas de jabón y 77 de aceite. Las tierras empleadas en el cultivo tienen un valor aproximado de 4,039,395 francos, y presentan una superficie de 8,406 hectáreas.

Los productos territoriales son bastante numerosos; hé aquí los que figuran en primera línea: cocos y aceites de coco; de jingili, de ilupé, de palma, el nelly (arroz con corteza), los granos menudos, el betel, el tabaco y el añil. Con todos estos productos se hace un gran comercio, ya con el interior por medio de los numerosos canales ó corrientes de agua que surcan el delta del Cavery, ya sobre todo con Ceilan y la península de Mala-

ca (Singapore, Moulmein, Rangoon), por medio de buques chulias, es decir, musulmanes.

En 1860 el valor de las exportaciones ha ascendido a 5.074,076, y el de las importaciones a 1.649,225. En el mismo año han entrado en Karikal 251 buques, de ellos 206 para el comercio de India a India, y han salido 346, de ellos 308 para el mismo comercio.

El presupuesto del establecimiento de Karikal es el siguiente: ingresos, 325,293 francos; gastos, 122,907 francos.

El establecimiento se halla administrado por un jefe de servicio a las órdenes del gobernador, y los demás funcionarios son: un interventor, un comisario de marina, jefe de los detalles administrativos; un recaudador general; un comisario y un inspector de policía. Por último, hay también un cirujano de marina, un conductor de puentes y calzadas, un oficial de infantería de marina que manda el destacamento de 80 cipayos, un capitán del puerto y un agente de emigración. El personal judicial se compone de un juez, un procurador imperial y un juez de paz.

Los ingleses han establecido en Karikal una oficina de puerto y una estación telegráfica.

A veces se desembarca al borde de la mar, donde se encuentran la casa del puerto y el mástil donde ondea todo el día la bandera de la Francia; de noche colocan un fuego fijo que alcanza a 3 ó 4 leguas. El camino que conduce a la casa del puerto está plantado de árboles y es bastante triste en su extremo. No pueden transitar carruajes por él, se hallarían detenidos no lejos de la orilla del mar por un puente movable que separa el río de un estanque bastante inútil, vasto, poco profundo y que exhala un mal olor, pero donde en vano han tratado de hacer un puertecillo.

J. V.

Revista de Paris.

La corte está en Biarritz. El emperador salió el jueves último con dirección a esa residencia y la emperatriz le recibió en Bayona. Con este motivo Biarritz es hoy el punto a la moda y reúne una numerosa concurrencia. El placer de ser convidado a las fiestas íntimas de la villa Eugenia, tan diferentes de las recepciones oficiales de Tullerías, entra por mucho en esta afición a visitar Biarritz en la temporada presente. Todos los lunes hay baile hasta las dos de la madrugada, y los bailarines se citan después de cenar para el día siguiente en la playa. A las cinco de la tarde se reúnen los bañistas al pie de la pradera que baja del palacio, donde una música militar ejecuta las mejores piezas de su repertorio delante de Sus Majestades. Durante el concierto, todos los niños de las personas convidadas por el príncipe imperial acuden a mezclarse en sus juegos. Después de la comida, la corte permanece en el palacio, pero los bañistas van al Casino, donde hay todas las noches alguna función teatral que ayuda a pasar las horas un tanto largas ya de las noches de setiembre.

Antes de marchar a Biarritz el emperador ha recorrido este año la fiesta mas popular de todas las que se efectúan en las cercanías de Paris: la fiesta de Saint-Cloud, que es una verdadera solemnidad en los fastos de los placeres parisienses. La fiesta de Saint-Cloud marca el término de la estación de verano, pone un punto redondo a la época de los paseos por el campo y de la vida campestre. Nada mas bullicioso que este espectáculo extendido en una gran parte del parque. Cada domingo de los tres ó cuatro que dura la fiesta, los barrios populares de Paris se quedan sin gente, y la circulación es imposible en la inmensa avenida donde se establecen las fiestas, los circos, los bailes, las exhibiciones de todo género. El domingo último comieron en las fondas de Saint-Cloud mas de mil quinientas personas, sin contar las que fueron a las tabernas y las meriendas al pie de los árboles, que son siempre las mas numerosas. El emperador acompañado de un edecan, sin escolta y vestido de paisano, examinó con interés el animado espectáculo de esta fiesta, tan del gusto de la muchedumbre.

Tenemos que contar esta semana la historia de un vizconde postizo, que es toda una odisea.

El acaso presidió al nacimiento de este aventurero, que vino al mundo sin padre conocido.

El 3 de abril de 1848 dejó su aldea para sentar plaza, y al cabo de siete años de buenos servicios recibió su licencia, y pocos meses después se casó en Grenoble. Posteriormente vino a Paris empleado en uno de los consejos de guerra, y luego pasó a Argelia con iguales funciones, dando al fin su dimisión para reunirse de nuevo con su mujer, que no había querido seguirle al territorio argelino.

Todo el tiempo que pasó en la justicia militar fué un modelo de buena conducta, pero no así en la vida civil. Después de haber trabajado algun tiempo en las oficinas de la prefectura de Grenoble, obtuvo en diciembre de 1860 una secretaría de subprefectura en la Saboya, de donde salió por haber cometido actos que no brillaban por la delicadeza.

A principios de 1862 pasó a Annecy, donde cambió de apellido, haciéndose llamar Neuville: con este nombre fué admitido en las oficinas de recaudación de contribuciones, y en esta ciudad es donde se entregó a la vida de aventuras.

Además del desempeño de su empleo, se ocupaba también en facilitar la venta y la compra de fincas, y este último título de agente le puso en relaciones a mediados de julio de 1862 con una señora viuda de Annecy, que quería deshacerse de una propiedad.

A las pocas visitas que hizo a la viuda con este motivo, la insinuó su deseo de casarse, y las indirectas concluyeron por una petición en toda regla, que la señora aceptó de buenas a primeras. Conviniéron pues en celebrar sus bodas en Italia, en

cuanto Neuville se hubiese proporcionado los documentos para ello.

El aventurero que era casado y no quería ni podía contraer su proyectado enlace con su verdadero nombre, resolvió fabricarse toda una colección de papeles, fees de bautismo, de defunción de padre y madre, de residencia, etc., con el nombre de vizconde de Cossette, usurpado a una antigua familia del lugar de su nacimiento, y una vez en posesión de ellos, declaró a la viuda que no se llamaba Neuville, sino vizconde de Cossette de Neuville, y que había tomado solo este último nombre porque no le conocían con otro en el regimiento.

Pero los actos falsificados por nuestro hombre de un modo tan hábil que era imposible no creerlos auténticos, carecían sin embargo de algunos requisitos. Faltaban dos sellos, uno de un tribunal, y otro de una alcaldía. Deseando que la imitación fuese perfecta, el aventurero se propuso hacerse con los sellos y plantarlos en sus papeles, con cuyo fin pasó a Ginebra y los encargó a un grabador de esta ciudad, apresurando el plazo de su entrega.

Desgraciadamente para él, el grabador ginebrino en lugar de hacerlos los mandó abrir a otro grabador de Paris, y de esto resultó en su envío una tardanza tal, que el supuesto vizconde no pudo moderar la impaciencia de la novia. Cansada de esperar se presentó el 15 de octubre a tomar billete para la diligencia que iba a Italia; y en vano su futuro trató de hacerla aplazar su viaje para el otro día, diciéndola que estaba a punto de recibir sus papeles, y que por otra parte no tenía dinero para emprender el viaje.

La viuda no escuchó razones y le entregó la cantidad suficiente para que fuera a buscarla a Italia cuando hubiera recibido sus documentos.

Pero hé aquí que en el instante de subir a la diligencia acierta a pasar un notario que la disuadió de aquel matrimonio, exponiéndola que acababa de enviarla a su casa una carta en la cual M. W..., alférez de guarnición en Annecy, pedía su mano, y que esta union era bien preferible a la que quería contraer con el otro.

La viuda consiente entonces en no marcharse, y de vuelta a su domicilio, después de haber aceptado la demanda del alférez, da su despido al vizconde.

A tan fulminante noticia, este acude a la ingrata y se entrega a los arrebatos de la mas violenta desesperación; mas viendo que estaba bien decidida a romper con él, deja escapar su secreto.

— ¿ Quién pagará mis deudas ?

Sin embargo, aun no se dió por vencido, y el 25 de octubre la escribe una carta en la que empleaba las expresiones mas ardientes:

« Con vos, Clotilde, era la felicidad; sin vos, es el sepulcro. Adios, amiga mia. »

La viuda continuó inflexible, y el aventurero viéndola decidida a casarse con el alférez, la escribió otra vez aunque con distinto lenguaje. Ya no la dirige palabras de amor, sino terribles amenazas.

« Os perseguiré con mi odio y mi venganza hasta el fin de mi vida. »

Las amenazas fueron tan inútiles como las súplicas, y en noviembre último la viuda se casaba con el alférez.

El infortunado vizconde pensó entonces en salir de Annecy, pero antes recurrió a una estratagemata para proporcionarse algun crédito.

Tenia una acreedora que le apremiaba mucho, y yendo un día a su casa la leyó una carta que acababa de recibir de uno de sus arrendatarios, en la que le decía esperase algun tiempo mas hasta pasadas ferias, el pago de una suma de 1,100 francos que le debía. No hay para qué añadir que todo esto era falso. La acreedora un tanto aplacada no pidió mas dinero a su deudor, quien salió de Annecy a principios de este año, naturalmente sin pagar sus deudas.

Por este tiempo formó el proyecto de pasar a América a ingresar en las filas del ejército federal, y para ello dió pasos cerca del cónsul de los Estados Unidos en Marsella. Pero a todo esto el grabador de Ginebra que no había sido pagado, reclamó su dinero, denunció a nuestro hombre, y se descubrió todo lo que llevamos referido, y por lo cual nuestro desdichado vizconde pasará cinco años en un encierro.

Hace algunas semanas hablamos a nuestros lectores de una obrita que con el título de *Una temporada en Paris* acababa de dar a luz una señora rusa de la alta aristocracia, la señora Rimski Korschakoff. Esta curiosa obrita que entonces solo circulaba en Emsy en Baden, es decir, donde se encontraba a la sazón la sociedad a que estaba dedicada, se halla hoy en Paris en manos de todo el mundo corregida y aumentada por el autor, en vista de la merecida boga que ha obtenido. Nuestros lectores nos permitirán que nos ocupemos hoy con mas detención que entonces, de este librito interesante, lleno de observaciones a cual mas agudas.

Hay un pretexto en esta producción, y es una novelita de amores, en que un inglés amado por una hermosa rusa y seducido por los prestigios materiales de una dama del « medio mundo » deja la realidad por la sombra; pero esto, repetimos, no es mas que un pretexto, pues el verdadero fondo del libro está en las apreciaciones de la sociedad parisiense. Con efecto, en él se encuentran retratos que se reconocen fácilmente, críticas acerbas envueltas en elogios, juicios en los que resalta una verdad patente. Díganlo sino las siguientes citas:

EL FRANCÉS.

« Los franceses tienen en mi opinion un modo extraño de juzgar a los demás pueblos. Entre los franceses todo es efecto del capricho ó de las circunstancias. Admiran con exageración ó denigran sin fundamento; esto depende de la disposición en que se encuentran. Su patriotismo es intermitente; tratan a su país como tratan a su amiga: la aprobación tiene fases. Son orgullosos y no sufren que ataquen a la Francia (*la reina del universo*), pero se permiten hacerlo ellos, sobre todo cuando su sátira puede dar materia a un dicho agudo. A veces nos elevan por encima de su refinada civilización, y otras por el contrario nos tra-

tan de bárbaros. Por sus labios anda errante esa sonrisa burlesca, esa sonrisa parisiense que ninguna otra podría imitar y que dice tantas cosas. Muchos extranjeros conozco que la temen.»

EL AMOR EN PARÍS.

«En París sobre todo está ya suprimido lo que precede, lo que disfraza, lo que excusa quizá la falta de una mujer; ya no se hace la corte, ni se rinde homenaje, ni se pide la limosna de una mirada ó de una sonrisa; se convierte en objeto de burla la poesía; los deliciosos momentos consagrados á la indecision, y á las alegrías íntimas de las primeras impresiones, se llaman tiempo perdido. Las palabras cogidas al vuelo en una conversacion indiferente y que nadie puede adivinar excepto aquel á quien se dirigen; esos rubores producidos por una mirada, esos apretones de mano furtivos cambiados en medio de la muchedumbre, todas esas pequeñas cosas tan grandes para el corazon, todo eso es nada. El hábito de las malas compañías ha echado á perder á los hombres en París, y la sociedad ha perdido la galantería y la urbanidad de las costumbres. Mucho miedo tengo de que no sea ese el progreso.»

LA SEÑORA PARISIENSE.

«Nada mas amable y encantador que una señora francesa haciendo los honores de su casa. Al arte precioso de agradar á todos, reúne el tacto de decir á cada cual lo que le conviene, y de prestar talento á aquellos que lo necesitan. Sin ser cumplimentera, sabe hallar justo el elogio que os lisonjea mejor; os atribuye su opinion á fin de estar de acuerdo, y su arte para persuadirnos llegará á tal punto que acabareis por creer que esa opinion es en efecto la vuestra. Podeis ser tan inteligente como ella, pero nunca tan hábil en la ciencia de agradar, nunca sereis tan verdaderamente gata y mujer. Las parisienses descienden directamente de Eva, despues de las lecciones de la serpiente. Y no se tome esto por una crítica. ¿Qué seducción fué jamás mayor que aquella? ¿No ha perdido al género humano?»

LAS PARISIENSES.

«Las parisienses en su mayor parte no son bonitas de un modo regular. La hermosura de la parisiense es una cosa indefinible; es la gracia, el hechizo, un no sé qué que agrada y que no se puede imitar. La parisiense es un tipo particular que en lo último del mundo se reconoceria. Basta verla andar, llevar su pañuelo; basta mirar su pié, estudiar su fisonomía; antes de hablar se hace comprender, y todos vuestros esfuerzos no conseguirian jamás luchar con ella. Las parisienses se exaltan fácilmente, y cuando esta exaltacion las conduce al bien, alcanzan al heroísmo.»

Estas citas truncadas darán una idea suficiente de la interesante produccion literaria de esa señora rusa que ha pasado el último invierno en París, y ha sabido consignar sus impresiones con una gracia en el decir eminentemente francesa.

MARIANO URRABIETA.

Don Heraclio C. Fajardo.

Nuestra pluma ha trazado ya la semblanza de mas de un americano á la vez poeta, publicista, historiador y filósofo. Hoy vamos á hablar de un escritor, que si ha roto mas de una lanza en la arena periodística, lo que marca su fisonomía particular es la vocacion poética y su constante culto por las bellas letras.

En uno de nuestros esbozos biográficos publicado en 1855, hicimos una disertacion sobre la mision del poeta: hoy transcribiremos lo que mas tarde ha escrito sobre el mismo tema una de las plumas mas enérgicas y brillantes de la Francia, una inteligencia siempre clara y luminosa. M. Pelletan se expresa así:

«Con frecuencia se pregunta para qué sirve la poesía. ¡Vive Dios! sirve para dulcificar el corazon, para enternecerlo, para perfumarlo con el ambiente de la caridad, por medio del sufrimiento, de la miseria. Por donde quiera que Orfeo ha olvidado pasar, el hombre es cruel y los códigos son feroces. La tragedia sola, al despertar á cada instante en la muchedumbre la irresistible protesta de lo patético contra la sangre derramada, ha hecho mas por humanizar al hombre y dulcificar la legislación, que la mas brillante página de polémica ó de filosofía. Esto fué lo que no comprendieron Juan Jacobo Rousseau ni Bossuet. Si en el siglo XVII se hubiera podido representar á Coligny espirante, Luis XIV no se hubiera atrevido á firmar la revocacion del edicto de Nantes, temeroso de encontrar frente á frente el espectro de la tragedia. Cuando la muchedumbre, olvidadiza é indiferente por naturaleza, ha pasado una hora bajo una araña, delante de un escenario, viendo á Polliuto correr al suplicio, al rey Lear errando, la cabeza al viento sobre el helecho; cuando ha sentido que el poeta le ha tocado la fibra sagrada del sentimiento, por medio de la lengua sagrada de la poesía, — cuando ha gemido, llorado, saboreado por todos los poros y todos los sentidos á la vez la agonía de todos los muertos ilustres, — en seguida se levanta de sus bancos con mejor disposicion de espíritu con respecto á la humanidad. *Homo sum.* Hé ahí el eterno sublime acerca del cual el teatro hará el comentario.»

Por esta y otras razones hablamos hoy acerca de un nuevo poeta americano, que ha ensayado, casi siempre con acierto, los diversos géneros de la poesía.

HERACLIO C. FAJARDO nació el 30 de octubre de 1833 en la villa de San Carlos, departamento del Maldonado, república oriental del Uruguay. El poeta nos dice:

El Uruguay en conjuncion del Plata
Meció mi cuna con sonoro arrullo.

Las vicisitudes políticas á que estuvo expuesta su familia durante la lucha contra Rosas y Oribe, la hicieron venir á menos en cuanto á fortuna, y Fajardo solo pudo recibir las primeras nociones de la enseñanza primaria; aun cuando sus padres tuvieron esmerado celo en inspirarle los mas elevados sentimientos de honra y de patriotismo.

A la edad de catorce años, para evitar las persecuciones del partido apellidado *blanco*, el joven Fajardo fué enviado al Brasil, donde se ocupó en negocios comerciales hasta 1852. Pero sintiendo, como Chenier, bullir algo en su cabeza, oyendo los cantos de su corazon, contemplando las magnificencias de la naturaleza americana, el poeta se reveló al comerciante, y aquel empezó á cantar á los veinte años.

En 1853 Fajardo regresó á su pais natal y tomó un fusil para servir en las malhadadas contiendas de esa república. Afilióse bajo las banderas del partido *colorado* (que dicho sea de paso, no tiene semejanza alguna con el partido que en Nueva Granada se denominó rojo, y que ahogó todas las libertades públicas).

Poco despues recibió un empleo en la Biblioteca pública, y allí se dió al estudio de la literatura y de las ciencias política y económica.

De 1854 á 1857, Fajardo figuró como redactor ó como colaborador del *Eco de la juventud oriental*, el *Estimulo*, el *Pueblo*, el *Recuerdo*, el *Eco uruguayo*, el *Nacional*, etc., etc.; siendo autor de varios trabajos biográficos, bibliográficos, históricos. Tambien ha publicado las obras siguientes: *Montevideo bajo el azote epidémico*, la traduccion de la *Historia filosófica de la francmasonería*, por Hoffmann y Cherpin, la de una preciosa novela histórica del ilustrado literato francés F. Pelissot, y dió á la estampa, costeando de su erario la publicacion, las obras poéticas de Cuenca. Mas abajo hablaremos de otras obras originales del mismo autor.

En 1857, Fajardo sucedió en la redaccion del *Nacional* al afamado poeta y publicista señor don Juan Carlos Gomez, que fué desterrado por los blancos. Cuando estalló la revolucion en Montevideo, cuyas causas no nos toca examinar, el nuevo redactor del *Nacional* defendia con brio los intereses y el programa de su partido.

Siguió luego la carnicería de Quinteros, triste y escandaloso episodio de la historia política del Uruguay, y Fajardo fué desterrado por los ordenadores de esos asesinatos. Dirigióse á Buenos Aires, y allí siguió consagrado á la doble tarea de sostener sus creencias políticas y tributar culto á las musas. Cuando la batalla de Cepeda, Fajardo figuraba como voluntario en los batallones de Buenos Aires.

El joven poeta ha luchado y sufrido mucho en los pocos años que cuenta. En América la vida es una lid sin tregua. En su *Cruz de azabache* nos dice:

Si sufrir es vivir, y si los años
Por sus cuitas el ánimo computa,
Yo he bebido hasta el fondo la cicuta
Del cáliz del dolor;
Y abrumado de acerbos desengaños,
Mis tristes dias por mis ayes cuento,
Y ya, cual tú, decrépito me siento,
¡Cansado y sin vigor!

¿Y qué es la *Cruz de azabache*? — El autor nos dice en dos líneas de introduccion, que esa leyenda, poema ó no importa cómo se designe su libro, «es el primer fragmento de otro libro titulado: *Fe, esperanza y caridad*, cuyas partes el autor se propone dar á luz sucesivamente. Por consecuencia, el título que le corresponde es el de *Fe*, y el pensamiento filosófico dominante que en él se manifiesta no es mas que una de las bases sintéticas de la obra, — uno de los piés del tripode.»

Como el autor no ha publicado las otras partes de la obra, vamos es analizar lo que ha dado á la estampa. Solo diremos que hemos comprendido esto: Helio, poeta, siente la necesidad de amar: amó á *Ana*, que especulaba con el sentimiento; á *Maria*, que fué inconstante; á *Yola*, que fué sensual; á *Vitalia*, que le dispensó verdadero amor y le inspiró la *Fe*. Pero Helio y Vitalia se amaron sin ser felices, y despues de ligeras horas de amorosos coloquios, se separaron, y en la ausencia, Helio dudó de la lealtad de su amada, y esta murió amándolo, y al morir le perdonó, y perdonándolo le hizo ver que el bien y la felicidad no se hallan acá en la tierra. — Vitalia en los primeros dias de su naciente amor, habia obsequiado al dueño de su corazon con una *cruc de azabache*, que Helio conservó despues de haber recogido las últimas palabras de su amada, como una prenda segura de un porvenir dichoso.

La leyenda, puesto que es preciso darle algún nombre, es demasiado fantástica y *vaporosa*: escapa al análisis; es un reflejo de ciertas producciones alemanas, aun en los términos que emplea el poeta para designar los epígrafes de las tres partes de que consta la obra. En la *Cruz de azabache* el señor Fajardo es un Hoffmann ó un Stendhal *en verso*.

Campean los buenos versos en las quintillas del cuadro *Yola* y *Amor y sensualidad*, en los cuartetos del canto *Cruz de azabache*, en las octavas del titulado *el Cuatro de setiembre*, en las estrofas del que corre bajo el epigrafe *la Noche de boda*.

Es lastima que en esa leyenda se noten algunas incorrecciones, como las de aconsonantar lo que no puede aconsonantarse, como *jamás* y *voraz*, *atroz* y *pos*, etc.

Fajardo ha querido tambien ensayarse en el drama histórico, y al efecto ha escogido un episodio de los que ofrece la sangrienta dictadura de ese Neron americano,

que si no sabia tocar mal la flauta, si sobresalía en esto de amansar potros y hacer fusilar hombres, mujeres y niños.

«El 18 de agosto de 1848, á cinco leguas de Buenos Aires, fué fusilado por orden de Juan Manuel Rosas una joven de aquella capital llamada Camila O'Gorman, que hacia ocho meses se hallaba en una situacion interesante. El mismo dia fué fusilado un joven sacerdote llamado Uladislaco Gutierrez.»

Esos dos infelices se amaron, pero al principio, conociendo que el deber hacia imposible ese amor, lucharon largo tiempo con la pasión. Les faltó al fin la fuerza, y el deber fué echado en olvido. La falta habia sido grave, mas el escándalo podría haberse evitado, cuando un clérigo irlandés llamado Andrés Ganou, denunció á la desgraciada pareja. Rosas, que jamás supo respetar la virtud ni la libertad, el culto ni la inocencia, ordenó que se fusilase á Camila y á su cómplice, diz que para vengar la moral. — Como se dijese al tirano que la joven se hallaba en el octavo mes de embarazo, y que era preciso esperar á que naciese la inocente criatura, aquel monstruo contestó: — «Que se bautice *federalmente* al niño en el vientre de la madre.» ¡Y hubo quien se prestara á tamaño sacrilegio, á tan grande infamia!

Ese argumento es el del drama de Fajardo. El poeta introduce, como era preciso, varios accesorios, y entre otros hace aparecer á Rosas y al delator como apasionados de Camila: el hecho es verosímil, pues á pesar de que el salvaje de las Pampas es cruel por instinto, no habia motivo alguno que explicase el furor que entonces desplegó en la persecucion de esos extraviados. El autor del drama presenta á Manolita Rosas como un corazon noble y compasivo, como una victima de las brutalidades y caprichos de su propio padre.

Se ha acusado al drama como inmoral é irreligioso. ¿En qué se fundan esas acusaciones? Si el hecho de amarse Gutierrez y Camila es inmoral, culpa no es del poeta: el hecho es histórico; y él se propuso no la santificación de ese amor, sino presentar en sus cuadros las luchas de los dos jóvenes, su caída, sus persecuciones y la sangrienta expiacion de su falta. Propúsose ante todo, execrar el acto doblemente infame y tiránico del sanguinario dictador.

Bajo el punto de vista político, llegó á decirse que «el drama podía herir muchas susceptibilidades,» á lo cual observó muy bien el señor Marmol, en una carta dirigida á Fajardo: «Si no se quiere renegar de Dios y la naturaleza, es necesario creer por fuerza que el asesinato de Camila O'Gorman no tiene partidarios ni defensores.»

Como dice muy bien el espiritual M. Pelissot, el crimen perpetrado sobre Camila O'Gorman fué la gota de sangre que hizo desbordar el vaso. Ese crimen aceleró la caída del tirano.

El 15 de octubre de 1855, el ilustrado literato señor don Magariños Cervantes, decia: «El drama *Camila O'Gorman* da muy ventajosa idea del talento literario del autor; abunda en situaciones dramáticas, que realizadas por actores inteligentes, están destinadas, sin duda, á producir el mejor efecto en el teatro.»

En efecto, están bien trazados los caracteres de Rosas, de Camila, de Uladislaco, de Eusebio y de Manolita. Tienen sumo interés las escenas VI del cuadro segundo, entre Manuela y Uladislaco; la IV del cuadro cuarto entre Camila y Rosas: este, sensual, astuto, siempre brutal y violento; aquella, firme é impassible; la IV del cuadro sexto, en la cárcel, entre Camila y Manuela. La escena V del cuadro tercero, en que figuran los conjurados, carece de animacion, y era una de las que mas partido habria podido sacar el autor.

Mucho deja que desear esa pieza bajo el punto de vista del arte: pero no debe olvidarse que fué el primer ensayo de un joven de veinte y tres años.

Imitando á M. E. Bersot, diremos: el crítico se casa con la verdad, como el dux de Venecia se casaba con el mar. Asi pues, seremos francos: no aceptamos que un poeta religioso y nacido bajo la creencia católica y que se presenta como tal, al hablar del vedado amor de un sacerdote y una joven, que habian cedido á la pasión, que vivian en concubinato, haya podido poner estos versos en boca de Camila, que se sentia madre:

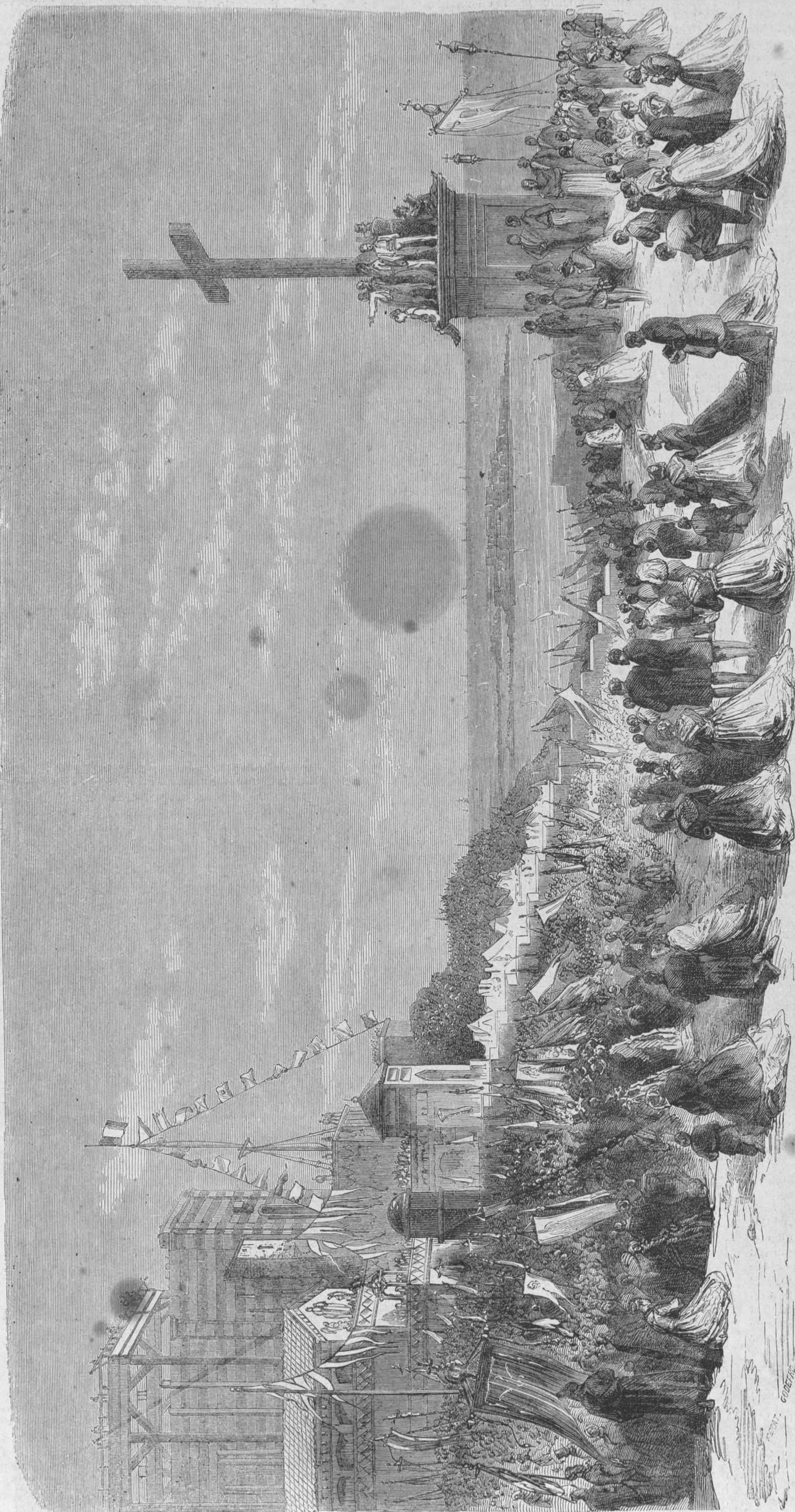
« . . . Sábía y benigna
La Providencia ha querido
Poner colmo á nuestra dicha,
Dando á nuestro amor el fruto
Que en mis entrañas palpita.
¡Oh! sin duda nuestra estrella
Trocó su luz enemiga,
Y de hoy mas con dulce brillo
Alumbrará nuestra vida.
Tal vez un dia el vicario
Del Dios clemente bendiga
La union de dos almas nobles
Que el infortunio asimila (1). »

Pero esto puede pasar como un delirio de amor, como el eco de una pasión perseguida, que al principio se reprimió, y á que la misma persecucion dió pábulo.

Sea lo que fuere, preferimos estas palabras que la infeliz joven dirige á Uladislaco, cuando ya estaba cercano su término, y que se hallan en la escena VIII del cuadro sexto:

¡Sí, Gutierrez! es justo que muramos,

(1) Escena primera, cuadro quinto.



Gran procesion de las reliquias en Marsella.

Porque la muerte logrará tan solo
Redimir nuestra culpa.

En fin, el pensamiento primero del autor fué excelente. La ejecución del drama descubre altas dotes en ese dulce é inspirado vate.

Pasemos á las *Arenas del Uruguay*. Bajo tan modesto título, el poeta de Montevideo ha ofrecido á las letras americanas una colección de bellísimas poesías. Son arenar, pero arenar de oro.

Como nos lo dice el autor, esa colección, que consta de ciento cuatro poesías, hace parte de una obra mas vasta en seis tomos, que llevan por títulos: *Suspiros de la lira*, *Preudios del arpa*, *Recuerdos intimos*, *Cantos patrios*, *Prismas del alma*, *Luciernagas*, *Composiciones festivas*.

El fecundo bardo ha reunido en ese libro poesías de mucho mérito, en que el hechizo del sentimiento se une á los atractivos de una brillante imaginación. Canta bien el hijo de Montevideo, sea que alce la voz en loor de la patria, que tribute sus himnos á la libertad, que ensalce la hermosura ó que describa las espléndidas riquezas del suelo americano.

El canto *América y Colon* fué coronado por unanimidad con el primer premio, una medalla de oro, en el certámen de instalación del Liceo literario del Uruguay, el 13 de octubre de 1858. Habilmente trazados estan los cuatro cuadros de que se compone. En el primero se sublima el pensamiento de Colon y la munificencia de la gran reina Isabel. En el segundo, ya Colon se halla en el Océano, desafiando la furia de los elementos y la cólera de los hombres; pero le queda su fe en Dios y en la ciencia. En el tercero, preséntase el nuevo mundo, que se halla dignamente cantado, al sabio marino, al

hombre de alma tan grande; pero á poco empieza á mostrarse la serpiente de la envidia entre las flores del descubierta eden. El cuarto es el apoteosis del genio: si el hombre apuró hasta las heces la cicuta del infortunio; si la envidia le persiguió; si la ingratitude le cargó de cadenas; si un aventurero se apropió su gloria; la posteridad le hizo justicia, y la noble figura del sabio es venerada universalmente, y su nombre se ha extendido por todos los angulos del mundo. El bardo ha tenido la feliz inspiración de tomar muy á propósito estas palabras de Lamartine:

« L'Amérique ne porte pas son nom; mais le genre humain rapproché et uni par lui, le portera sur tout le globe. »

Ese canto á Colon es digno de figurar al lado de los que sobre el mismo asunto han dado justa fama á Barral, Caro, Pombo.

La *Justicia humana* es una composición de un bardo

de la moderna escuela, de un cantor americano: es un alegato en bellos versos contra ese asesinato legal que llaman pena de muerte.

A *Montevideo* es un eco de los sentimientos patrióticos del poeta: nacido allí, en medio de tantas galas como exhiben las montañas, los valles, los bosques, las floresias, Fajardo saca de su lira dulces acordes en loor de esa maga, y dice:

¡Oh! ¡ cómo es bello desde aquesta altura,
Ciudad de mis amores, contemplarte!

Y al pronunciar el labio ¡PATRIA MIA!

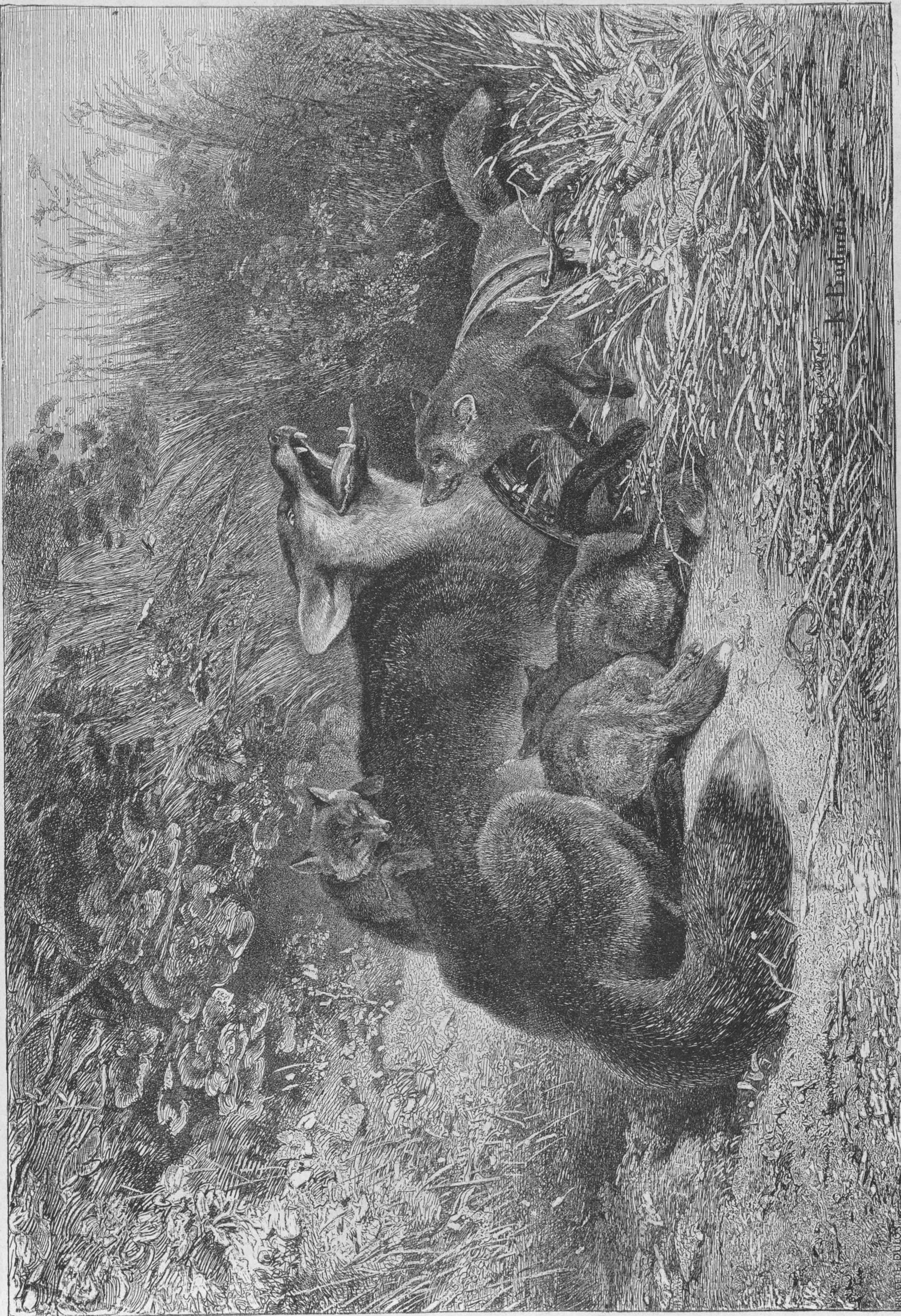
¡ Sentir de orgullo el corazon llenarse!

¡ Si! ¡ cómo es bello contemplarte hermosa

Como una ondina que del seno sale

De aqueas olas que te cercan móviles

Tributando á tus plantas homenaje!



K. Bodmer

Angustia é indiferencia.

ROBERT BUCK

Y despues de describir las riquezas de esa feliz region, hace votos por su prosperidad, en el seno de la paz y de la virtud, que procuran bienestar al pueblo y consolidan la libertad.

La *Meditacion*, poesia filosofico-moral, es digna del titulo que lleva. Despues de sublimar los encantos de la virtud, de enumerar las torturas del hombre inmoral y corrompido, el vate concluye asi:

Dos sendas nos ofrece la existencia:
Una da á la virtud y la otra al vicio:
¡Dichoso del que sube á la eminencia!
¡Infeliz del que cae al precipicio!

Las *Tres Gracias* es una muestra de las varias poesias del mismo género que contiene el volumen que á la carrera hojearnos. En esa clase de composiciones, el poeta uruguayo brilla por su gracia en el decir, y su cumplida galanteria:

¿Quién eres, ángel de amor,
Que en gracia y beldad excedes
Cuanto gira á tu alrededor?...
Dime, querub seductor,
¿Cómo te llamas? — *Mercedes*.

Y tú, mujer celestial,
Hurí del brillante eden
Con quien sueña el oriental,
¿Quién eres, ser ideal?...
¿Cómo te llamas? — *Belen*.

¡Otro ángel!... su cabellera
Con el oro se asimila
Y aun en brillo le supera...
¿Me dirás, blonda hechicera,
Cómo te llamas? — *Lucila*.

¡Ay!... bajo triple atraccion
El alma absorta vacila...
Y trepida en la eleccion...
Y os admira en conjuncion,
¡*Mercedes, Belen, Lucila!*

Que si en tí hechizos se ven,
Belen,
Y en tí la gracia rutila,
Lucila,
A entrambas en nada cedés,
Mercedes.

Así en dulcísimas redes
Se siente prendido al punto
El que os admira en conjunto,
¡*Belen, Lucila, Mercedes!*

Así al través de verde celosía,
De la danza en los giros y el vaiven,
Entre efuvios de luz y de armonía,
Las tres gracias porteñas descubria
En *Lucila, Mercedes y Belen*.

Las poesias que llevan por titulo: *Lavalle, Rivadavia, Aniversario de la batalla de Ituzaingo, A Victor Hugo, Garibaldi y la Italia*, etc., etc., son energicas en la expresion, robustas por el acento, valientes por la idea, patrióticas y llenas de fuego. Aparte ciertos descuidos (Horacio tambien dormitaba) esas poesias son dignas de todo elogio.

No hablaremos de las *Luciernagas*, poesias llenas de delicadeza y donostria, porque su modesto cantor nos ha puesto en la imposibilidad de hacerlo, al dedicarnos uno de esos bellos cantos, en que no sabemos qué admirar mas, si el mérito ó la modestia; cierto es que esta es la virtud de los hombres que valen. La pedanteria, por el contrario, es la rúbrica de las nulidades.

Fajardo es de un alma contemplativa y de un corazon que solo vive al calor del sentimiento. Como de Laprade, él puede decir:

« Car j'ai pour les forêts des amours fraternelles;
Poète vêtu d'ombre et dans la paix rêvant,
Je vis avec lenteur, triste et calme, et, comme elles,
Je porte haut ma tête et chante au moindre vent. »

J. M. TORRES CAICEDO.

Paris, 1863.

Procesion de las reliquias en Marsella.

La procesion de las reliquias que ha tenido lugar en Marsella el 23 de agosto, ha sido seguramente una de las mas bellas ceremonias religiosas que se hayan visto nunca. El tiempo favoreció esta fiesta que excitó un sentimiento de admiracion en la muchedumbre que se habia reunido para contemplarla. Esta solemnidad tenia un carácter particular digno de todo elogio. Las urnas de los santos de la diócesis llevaban cada una su comitiva, que marchaba con su estandarte y una banda de música. Estas urnas que se distinguian por la delicadeza del trabajo y por sus adornos, iban bajo doseses

de seda coronados con plumas blancas. Una parroquia de la ciudad figuraba en cada comitiva, y en su derredor caminaban veinte y cinco hombres de tropa de línea.

Todas las congregaciones de hombres y de mujeres, todas las cofradías de penitentes, incluidas las de Aubagne y las afueras, las órdenes religiosas de la diócesis, los hermanos de las escuelas cristianas, numerosos grupos de niñas, la sociedad del Sagrado Corazon, los niños de coro, el clero de la ciudad, los canónigos, se adelantaban á los sonidos de las músicas, á los canticos de la Iglesia. Parecía una marcha triunfal que habia copiado de la edad media, del siglo de San Luis, la pompa que se vió en París el día en que Luis IX llevó de San Dionisio á Nuestra Señora la corona de espinas y uno de los clavos de la Pasión. El género gótico se reconocia tambien en el maravilloso dibujo de las urnas, en el corte de las casullas y en las encarnadas vestiduras de los acólitos.

La procesion, cuyo desfile habia comenzado á las cuatro, llegó á la colina de Nuestra Señora de la Guardia cuando el día tocaba á su fin. En este momento se aumentó la poesia del espectáculo religioso: en los declives de la colina, en derredor y enfrente del altar erigido en su cumbre, se formaron todas las personas del orden eclesiástico ó civil que habian acompañado á las ocho urnas, y el señor arzobispo de Marsella repitió el acto de consagracion al corazon inmaculado de Maria, despues de lo cual, el señor arzobispo de Aix que habia sido invitado á presidir la ceremonia como metropolitano, dió la bendicion del Santo Sacramento. Tres prelados acompañaban la urna de san Lázaro: monseñor de Castellamare, monseñor de Marsella y monseñor Chalendon, arzobispo de Aix. H. C.

Angustia é indiferencia.

Hace un instante el pobre animal corria al través de zarzas y plazoleas; corria contenta con ver el hermoso cielo azul, el alegre rayo de sol que traspasaba el follaje y que secaba el rocío sobre la yerba, sobre el musgo y en el caliz de las flores; contenta con el fresco viento que soplabá, con los ruidos apacibles y los vivificantes perfumes de la selva.

De tiempo en tiempo volvía la cabeza para observar si sus hijuelos que la seguian no se quedaban demasiado atrás; y retrocedia, cogia á los pequeñuelos, los hacia rodar por la yerba, jugueteaba con ellos feliz y satisfecha. ¡Era tan espléndido y brillante el día que Dios acordaba á la naturaleza y á todos los seres de la tierra, á los árboles, á las flores, á los animales y á los hombres!

Sin embargo, en su carrera la pobre madre no ha visto un lazo escondido con destreza diabólica... y en ese lazo ha quedado presa.

Héla ahí aturdiendo el bosque con sus gritos de dolor, de desesperacion, de rabia.

El cielo continúa azul, el rayo de sol traspasa el follaje y seca el rocío sobre la yerba, sobre el musgo y en el caliz de las flores; el viento fresco continúa soplando, y la selva está siempre llena de sus ruidos apacibles y de sus vivificantes perfumes.

¿Y los hijuelos? Ahí están cerca de su madre; uno de ellos salta jugando al través del lazo que la detiene; otro se la sube encima, y hay dos que se alimentan con su leche, en tanto que de su pata rota chorrea la sangre. ¡Angustia é indiferencia! F.

El conde de Barcelona.

(Continuacion.)

Obedecieron los dos nobles. El emperador llamó á su chambelan, y le dió orden de traer á la emperatriz. Pero cuando se quedó solo, el infeliz que sufriera tanto, y á quien tanto quedaba que sufrir, falto de fuerzas, se dejó caer sobre un sitial. El que sin ceder arrostrara la guerra civil, la guerra extranjera, la excomunion romana y la rebelion filial, se sintió quebrantado por una duda. Su cabeza, que sostuviera cuarenta y cinco años la corona, y que no se habia rendido con el peso, no pudo resistirse á una sospecha, y se amilanó como si la mano de un gigante pesara sobre él. Por un instante lo olvidó todo el anciano, imperio, guerra, maldición, rebeliones, para no pensar sino en aquella mujer que era el único ser humano que conservaba su confianza, y que le habia engañado mas indignamente todavía que los demás: rodó una lágrima de sus párpados y corrió por sus megillas hundidas. El azote de la desgracia habia sacudido con tanta fuerza la roca, que como la vara de Moisés habia hecho brotar un manantial secreto y desconocido.

Entró la emperatriz ignorante de todo, y se acercó con paso tan ligero, que Enrique no la sintió. Era una hermosa mujer del Norte, con ojos azules y carnes de nieve, rubia y esbelta como una virgen de Holstein. Paróse delante del anciano, sonrióse con casta sonrisa y se inclinó para ofrecerle un beso de hija y de esposa; pero entonces rozaron sus cabellos la frente del emperador, y se estremeció como si le hubiera picado una serpiente.

— ¿Qué teneis, señor? dijo Práxedes.

— Mujer, contestó el anciano levantando la cabeza y mostrándola los ojos húmedos, por espacio de cuatro años me habeis visto arrostrar penas mas pesadas que la cruz de Cristo, y trocarse mi corona imperial en corona de espinas; habeis visto correr el sudor por mis megillas, la sangre por mi frente, pero no habeis visto asomar una lágrima á mis ojos. Ahora miradme, estoy llorando.

— ¿Y porqué llorais, querido señor y dueño?

— Porque abandonado por mis pueblos, escarnecido por mis vasallos, proscrito por mi hijo, maldecido por el Eterno, no me quedaba en el universo otro bien que vos, y vos me habeis faltado.

Práxedes se levantó pálida, derecha como una estatua.

— Señor, dijo, os han engañado. Sois mi emperador y mi dueño, y derecho os asiste para decir lo que querais; pero si otro que vos repitiera esas palabras, responderia que ese hombre miente por envidia ó por mala voluntad.

— Entrad, dijo Enrique con una voz llena, dirigiéndose al gabinete.

Al punto se abrió la puerta, y aparecieron Gontran de Falkemburgo y Gualtero de Than.

Al divisarlos, estremeciése la emperatriz, porque instintivamente los considerara siempre como enemigos. Avanzaron por el otro lado del sitial del emperador, y extendiendo la mano:

— Señor, exclamaron, lo que hemos dicho es cierto, y lo sostendremos con riesgo de nuestro cuerpo y de nuestra alma, combatiendo dos contra dos, á cuantos caballeros se atrevan á desmentirnos.

— Escuchad lo que dicen, señora, respondió el emperador, porque se hará lo que solicitan, y sabed que si pasado un año y un día no habeis encontrado caballeros que os disculpen con el combate, sereis quemada viva en la plaza de Colonia á vista del pueblo y por mano del verdugo.

— Señor, dijo la emperatriz, ruego á Dios que me auxilie, y espero de su gracia que la verdad y la inocencia queden triunfantes.

— Así sea, dijo Enrique; y llamando á la guardia, mandó conducir á la emperatriz á una sala baja del castillo que sirviera de prision.

Y llevaba allí encerrada trescientos sesenta y cuatro dias sin haber podido, á pesar de sus promesas y sus votos, encontrar un solo caballero que quisiera armarse en su defensa, tanto era el temor que inspiraba el renombre de sus acusadores. En su soledad, habia dado Práxedes á luz un hijo á quien sustentaba con sus pechos y envolvía con sus manos, como hubiera hecho una hija del pueblo, pues su pobre engendro estaba sentenciado como ella á la vergüenza y a la hoguera. Entre todas sus damas, únicamente Dulce de Provenza, ausente de su hermosa patria que ardía en guerra, habia permanecido fiel á su soberana en tanta desventura. Pero el plazo espiraba dentro de tres dias, y no veía volver á su emisario ni tenia noticias suyas. Ya empezaba á desesperar tambien, y eso que ella sola infundiera esperanzas á la emperatriz.

El dolor de Enrique era incomparable. Sufriendo á un tiempo como emperador, como padre y como esposo, habia hecho voto público de marchar á las cruzadas, y el día que fijara para el suplicio de la emperatriz, no era menos doloroso para él que para Práxedes. Todo lo habia abandonado á la misericordia del Señor, intereses políticos y negocios privados: retirado en su palacio de Colonia, aguardaba, porque solo para aguardar tenia fuerzas: habian trascurrido trescientos sesenta y cuatro dias, y amaneciera el sol del siguiente.

Este día por la tarde, cuando salia Enrique de su oratorio, le anunciaron que un caballero extranjero solicitaba hablarle al punto. Estremeciése el anciano, porque aun no habia perdido toda esperanza, y mandó que introdujeran al caballero.

Recibió Enrique al desconocido caballero en la misma cámara y sentado en el mismo asiento donde fulminara la sentencia contra la emperatriz. Entró el caballero y dobló una rodilla en tierra; pero el emperador le hizo una seña para que se levantara, y le preguntó qué causa le traía.

— Señor, dijo el desconocido caballero, soy un conde de España: he oido decir que la emperatriz, vuestra esposa, estaba acusada por dos caballeros de vuestra corte, y que si en el espacio de un año y un día no encontraba un campeón que la defendiese en la liza, seria quemada públicamente. Mas por lo bien que de ella he oido hablar, por el santo renombre de virtud que goza, he venido á solicitar el combate con sus dos acusadores.

— Conde, exclamó el emperador, sed bien venido: por cierto que es un grande honor, un grande aprecio el que le haceis y llegais oportunamente, porque faltaba muy poco para que sufriese la pena de las adúlteras.

— Señor, repuso el conde, ahora tengo que pedir os una gracia: que me dejes hablar con la emperatriz, porque yo sabré en esta entrevista si es inocente ó culpable; si es culpable, no expondré mi vida ni mi alma por ella, tenedlo por seguro; pero si fuera inocente, combatiré, no contra uno, no contra dos, sino si fuere necesario, contra todos los caballeros de Alemania.

— Se hará como deseais, porque es justicia, respondió el emperador.

Saludó el caballero desconocido y dió algunos pasos hacia la puerta, mas Enrique le llamó.

— Señor conde, dijo, ¿habeis hecho voto de no descubrir el rostro?

— No, ilustre emperador, respondió el caballero.

— Pues entonces hacedme la gracia de levantaros la

visera, para que pueda grabar en mi memoria las facciones del que á tal peligro se expone para vindicar mi honor.

Desprendióse el caballero el casco, y vió aparecer Enrique una cabeza hermosa, enérgica, pero de un jóven que apenas frisaba en los veinte años. Contempló un momento el emperador silencioso, triste, y suspiró á su pesar, pensando que Gontran de Falkemburgo y Gualtero de Than estaban ambos á la flor de su edad.

— Dios os tenga bajo su santa guarda, señor conde, dijo, porque me pareis muy jóven para llevar á cabo la aventura emprendida. Reflexionadlo bien, porque aun estais á tiempo de retirar vuestra palabra.

— Disponed que me presenten á la emperatriz, fué la réplica del caballero.

— Id pues, dijo el emperador ofreciéndole un anillo; ahí teneis mi sello, y á su vista se os abrirán todas las puertas.

Dobló el caballero una rodilla, besó la mano que le alargaba el anillo, se le metió en el dedo y echó á andar.

Como le dijera Enrique, el sello imperial franqueó todas las puertas, tanto que al cabo de diez minutos se halló en presencia de la acusada.

Estaba la emperatriz sentada sobre un lecho, amantando á su hijo; y como de mucho tiempo no recibía otras visitas que las de sus carceleros, porque le estaba prohibido comunicarse hasta con sus mujeres, ni siquiera levantó la cabeza cuando se abrió la puerta; pero por un movimiento instintivo de pudor, se echó sobre el pecho el manto, arrullando á su hijo con un movimiento lento de hombros y un canto triste y dulce. Contempló el caballero aquel elocuente cuadro de las miserias reales, y viendo que la emperatriz no reparaba en él:

— Señora, dijo, ¿no os dignareis alzar los ojos para mirar á un hombre que ha venido de remotas tierras, solo por el amor de vuestro nombre? Estais acusada y me ofrezco á defenderos; pero antes, respondedme como responderiais á Dios, y ved que en la aventura que he emprendido, necesito no solo de la fuerza de mi brazo, sino tambien de la conviccion de mi conciencia. En nombre del cielo, reveladme toda la verdad; porque si me demostrais, como espero, vuestra inocencia, os juro por la órden de caballería que he recibido, que sereis defendida por mí, y que no os faltaré en el momento de la batalla.

— Mi primera obligacion es daros las gracias, dijo la emperatriz; pero ¿no podré saber á quien voy á abrir mi corazon, ó habeis hecho voto de encubrir vuestro nombre y vuestro rostro?

— Mi rostro, señora, respondió el caballero quitándose el casco, lo puede ver todo el mundo, porque creo que es del todo desconocido en el imperio; por lo que toca á mi nombre, es otra cosa: he jurado que vos sola le sabriais.

— Decidmele, exclamó la emperatriz.

— Señora, soy un príncipe de España á quien llaman Raimundo Berenguer, conde de Barcelona.

Al oír este nombre, tan célebre de padres á hijos, la emperatriz, que oyera hablar con frecuencia de la nobleza insigne y del valor á prueba de aquella familia, cruzó las manos gozosa y consolada; luego, mirando al conde por entre la nube de lágrimas que empañaba sus hermosos ojos:

— Señor, dijo, en ninguna ocasion podré recompensaros con la centésima parte de lo que haceis por mí; pero decid bien que debo confesaroslo todo.

«Cierto que vino en ausencia de mi esposo un apuesto caballero; pero sin duda por efecto de algun voto vino sin decir su nombre que nadie ha averiguado; mas decian que era hijo de algun príncipe segun lo magnífico y generoso: tambien es cierto que siempre me lo encontraba, pero tan respetuoso siempre, á tal distancia, que no podía quejarme. Esto duró algun tiempo sin que el caballero de la Esmeralda, que así le llamaban, á falta de nombre, por un precioso anillo que en el dedo llevaba, hiciese otra cosa que seguirme ó esperarme en donde quiera que fuese. Sucedió que un día que habia salido con mis damas y los dos villanos caballeros que me han acusado, á cazar con haleon, se levantó una garza real y descaperueé mi pájaro que en seguida tomó vuelo. Como era un haleon de fina raza noruega, alcanzó pronto á la fugitiva, y rompió al galope con mi hacanea, para llegar á tiempo. Tanto fué mi ardor que mi caballo saltó por encima de un riachuelo; mis damas no se atrevieron á dar el mismo salto, de suerte que solo Dulce me siguió porque jamás se separaba. Mis damas dieron un largo rodeo para buscar un paso menos arriesgado, y los dos caballeros las siguieron, porque montaban pesados corceles alemanes incapaces de dar un salto. Continuamos nuestra marcha sin cuidarnos de ellos, y cuando llegamos al sitio donde cayeron los combatientes, pareciónos ver por el bosque un caballero que huía; entonces estábamos demasiado ocupados con la caza para cuidar de otra cosa.

» Picamos hácia el vencido que veíamos luchando mientras el vencedor le roía ya los sesos. Pero grande fué nuestro asombro cuando al echar pié á tierra vimos que habian sujetado el largo pico de la garza con una esmeralda magnífica engastada en una cadena de oro. Dulce y yo nos miramos sin comprender la aventura, pero sospechando que la sombra que habíamos visto desaparecer era la del caballero desconocido; luego, y en esto hice mal, lo confieso, en lugar de tirar el anillo al río como debí, me lo metí en el dedo, y como entonces llegaba mi acompañamiento, conté lo que habia ocurrido y enseñé la esmeralda. Todos se asombraron del suceso, porque ninguno, excepto los caballeros, pen-

só en sospechar que no decia yo la verdad; mas Gontran y Gualtero se sonrieron con ironía. Darles explicaciones era reconocer en ellos el derecho de concebir sospechas. Púseme el guante, recogí mi haleon y continuamos la caza sin que nada de particular volviera á acontecer. Al otro día vi en la iglesia al caballero desconocido: le miré la mano y no tenia el anillo. Desde entonces no me pudo quedar duda de que la esmeralda era suya y resolví volvérsela.

» Esto sucedia ocho días despues de la fiesta de Colonia, y ya sabeis cuán célebre es esta fiesta para toda la Alemania: los cantores, los músicos, los juglares, acuden de todas partes. Habia entre estos un domador de fieras que trajera de Berberia un leon y un tigre; habia construido un circo y se podía ver á aquellos dos soberbios animales desde una galería elevada.

» Fui con todas mis damas, y allí, como en todas partes, hallé al misterioso extranjero. Me pareció favorable la ocasion para devolverle el anillo. Lo saqué é iba á encargár á Dulce que se lo entregara, cuando el tigre, azuzado por el domador que le picaba con una lanza, dió un salto tan prodigioso, un grito tan terrible, que dejé caer el anillo y rodó hasta la jaula del leon. Al mismo tiempo, y antes de que me fuera posible pronunciar una sola palabra, estaba el caballero en el circo con espada en mano. Quedóse el tigre como asombrado de semejante audacia, y de un salto se lanzó sobre el caballero. Vióse entonces como una especie de relámpago, y la cabeza del monstruo fué rodando por un lado, mientras el cuerpo cayó por otro. Quitóse el caballero la gorra, arrancó una flor de diamantes y se la tiró al dueño: pasando luego sus brazos por entre las verjas de las jaulas, fué á recoger el anillo que me restituyó entre el estruendo de los aplausos de la muchedumbre. Pero como yo estaba decidida á devolvérsele, aproveché la coyuntura y desechaudo su oferta: — No, señor caballero, le dije, este anillo os cuesta demasiado para que yo os le recoga: guardadlo en memoria mia.

» Estas son las únicas palabras que de mis labios ha oído, porque la misma noche, visto el ruido que hiciera la aventura, rogué á Dulce que fuera á buscar al caballero de la Esmeralda, y le suplicase en mi nombre que saliera de Colonia: lo hizo la misma noche, sin que haya vuelto á saber lo que se ha hecho. Esta es la verdad de los hechos, señor conde, y si he sido imprudente, he pagado la imprudencia con un año de prision y una acusacion mortal.»

Desenvainando la espada y tendiéndola hácia la emperatriz:

— Juradme, dijo el conde, sobre esta espada, que todo lo que acabais de decir es cierto, señora.

— Lo juro, exclamó la emperatriz.

— Pues yo por esta espada os ofrezco que saldreis de esta prision donde habeis pasado un año, y sereis lavada de la acusacion mortal que sobre vos pesa.

— Dios os oiga, dijo la emperatriz.

— Ahora, continuó el conde, os ruego que me deis una de vuestras joyas en señal de que me aceptais por caballero.

— Señor conde, ahí teneis una cadena de oro que es el único testimonio que me queda de mi antiguo poder; tomadla en prueba de que pongo mi causa en vuestras manos.

— Gracias tantas, señora, dijo el conde. Y envainando el acero y cubierto con el casco, saludó á la prisionera y se volvió en busca del emperador que le aguardaba con ansiedad.

— Señor, le dijo, he visto á mi señora la emperatriz. Podeis participar á los que la han acusado que se vayan disponiendo á combatir conmigo ó juntos ó separados.

— Señor conde, dijo el emperador, pelearan con vos uno tras otro, porque no se dirá que un caballero que defiende tan noble causa, no ha encontrado tan nobles enemigos.

III.

EL JUICIO DE DIOS.

El día señalado se presentó á la puerta del campo el conde de Barcelona, que habia pasado la vispera en devotas ceremonias; se presentó cabalgando sobre su gallardo potro de Sevilla, que mas parecia por lo fino de las piernas y ligereza en el paso, corcel de paseo y caza que caballo de batalla. Estaba armado con una cota de mallas de acero y oro, trabajada por los moros cordobeses, en medio de la cual brillaban un sol de diamantes que despedia tantos rayos como si hubiera sido de fuego, y llevaba al cuello la cadena de oro que le diera la emperatriz. Tres veces llamó á la barrera, tres veces le preguntaron quién era, y cada vez respondió santiguándose que era el campeón de Dios. A la tercera vez se abrió la puerta, y el conde de Barcelona fué introducido en la liza.

Era una plaza ovalada construida por el modelo de los circos antiguos y rodeada de gradas como ellos, que estaban atestadas de gente, tanta era la nobleza que se apresurara á concurrir. Al un extremo, Enrique, con sus imperiales vestiduras, estaba colocado sobre un trono, mientras que al otro, en una cárcel de madera sin pulir y sin adorno alguno, estaba la emperatriz, vestida de negro y con su hijo en los brazos. Al otro lado de la puerta de la liza, y para hacer juego, se elevaba la pira donde debia ser quemada en el caso de que fuera vencido su caballero, y cerca de la hoguera estaba el verdugo envuelto en una túnica encarnada, brazos y piernas desnudos, con una antorcha en la mano, y cerca

de él un brasero. Hácia el centro de la curva que la liza formaba, habia un altar donde estaban los santos Evangelios, sobre los cuales se habia colocado un crucifijo. Al otro lado estaba un ataúd vacío.

Entró el conde de Barcelona, y dió vuelta al circo al compás de las músicas que anunciaban á sus adversarios que el campeón de Dios estaba en su puesto; deteniéndose delante del emperador, le saludó humillando hasta el suelo el hierro de la lanza. Hizo entonces que su caballo retrocediera pifando, con la cabeza vuelta hácia Enrique, y al llegar al centro, le hizo dar, con los piés de atrás solamente, una vuelta tan hábil, que todo el mundo le reconoció como valiente y experto caballero. Despues avanzó á paso corto, conteniendo el ardor de su caballo, hácia el encierro de la emperatriz. Así que llegó, saltó en tierra, subió los escalones que le separaban de la acusada, y para indicar que si todo el mundo conservaba alguna duda, él estaba convencido de su inocencia, dobló una rodilla en tierra preguntando respetuosamente si le aceptaba por caballero. Tan conmovida estaba la emperatriz, que no pudo responderle sino alargándole la mano. En seguida, quitóse el casco el conde de Barcelona y besó respetuosamente la mano imperial; alzándose al punto con los ojos encendidos, sujetó al arzon el casco, y montó de un salto sin hacer mas uso de sus estribos que si hubiera llevado un simple juboncillo. Reconociendo enfrente del altar y al otro lado de la liza al juglar que fuera á buscarle, sentado á los piés de una hermosa doncella, pensó que no podia ser otra que la heredera del marquesado de Provenza. Acercóse á ella en medio de los aplausos de la muchedumbre, que sorprendida de su juventud y enamorada de su gallarda figura, hacia votos por él tanto mas ardientes cuanto que parecia harto débil para arrostrar un combate á muerte con tan terribles caballeros.

Cuando llegó á la galería de la hermosa provenzal, se inclinó graciosamente, y apartándose los cabellos que le velaban el rostro:

— Noble señorita, la dijo en languedoc, con todo mi corazon os agradezco la empresa que me deparais; porque á no ser por vos y vuestro mensaje, estaria en mi condado y no tendria ocasion de hacer público mi amor á las damas y mi confianza en Dios.

— Señor caballero, contestó la doncella en el mismo idioma, yo debo ser la agradecida; porque por la palabra que os diera en mi nombre un pobre juglar, habeis atravesado mares, rios y montañas, y habeis venido tan oportunamente que no alcanzo cómo poder recompensar jamás tan exquisita cortesía.

— No hay viaje por largo que sea ni empresa por peligrosa, repuso el conde, que no sean pagados con usura con una sonrisa de vuestros labios, con una mirada de vuestros ojos. Si me veis flaquear, señora, mirad y sonreios, y recobraré fuerzas y espíritu.

Estas palabras hicieron ruborizar á la linda marquesa, y el conde de Barcelona saludó por segunda vez; y como entonces anunciaban las trompetas que se abría la puerta á su adversario, volvióse á poner el casco, y en tres botes de su arrogante caballo, plantóse al otro extremo delante de la emperatriz y de la hoguera: el campeón de Dios debia colocarse así para alentarse con los ademanes de la acusada.

Entró luego Gontran de Falkemburgo. Llevaba una armadura de color oscuro, y montaba uno de esos pesados caballos alemanes que parecen de raza homérica. Delante de él un escudero le traía lanza, espada y hacha. Apeóse á la puerta de la liza y se acercó hácia el altar, en cuyas gradas arrodillado y puesta la mano sobre un crucifijo, juró por la fe de su bautismo, por su alma y por su honor, que creía sostener buena y justa querrela, añadiendo además con juramento que no traía ni en su caballo ni en sus armas yerbas, encantos, oraciones, conjuros ó pactos de que pensara servirse. Hecha la señal de la cruz, fué á arrodillarse junto al féretro para rezar sus devociones.

Tambien echó pié á tierra el conde de Barcelona, pronunció los mismos juramentos que su adversario, y oró arrodillado al otro extremo del ataúd. Oyóse en este instante el *Libera nos, Domine*, entonado por voces invisibles, y todos los concurrentes, de rodillas, repitieron por lo bajo las plegarias de agonizantes. Solo el verdugo se quedó de pié, como si no tuviera su voz derecho para alternar con las voces de los hombres, como si no tuviera probabilidades de llegar á los piés de Dios.

Al postrer versículo sonaron de nuevo las trompetas, ocuparon sus puestos los curiosos, y los dos campeones se retiraron para montar á caballo, quedando cada uno en el suyo hecho una estatua, lanza en ristre y cubriéndose el pecho con los escudos.

(Se concluirá.)

Los pastores del valle de Ossau (Pirineos).

Despues del deshielo de las nieves á mediados de mayo, todos los valles se ponen en movimiento. Numerosas manadas de térreras, corderos y cabras dejan los establos y toman el camino de la montaña bajo la guarda de sus pastores y sus perros; y todo eso se disemina en distintas direcciones y llega á las alturas. Héles ahí para toda la temporada, unos cuatro meses. Los pastores durante este tiempo, van de cumbre en cumbre, se edifican chozas con ramas de abetos, ó si encuentran

una cabaña que ha resistido á los aludes, se instalan en ella por algunos días, y luego continúan su marcha con su ganado...

Ahora bien, en esa vida errante y solitaria de cuatro largos meses, suelen sentir la necesidad de comunicar con sus semejantes. Para esto se llaman entre sí, y á menudo de un pico á otro, á mas de un kilómetro de distancia, se establece una conversacion entre dos pastores. La extrema pureza del aire hace que se oigan fácilmente á distancias mas largas todavía.

Mirando de lejos las hermosas llanuras que se extienden entre el Ossau y la cadena de las montañas, distinguimos mujeres trabajando en cavar, en conducir bueyes por el surco, en guiar carros, es decir, moviéndose en todos sentidos. Los hombres llevan á pastar los ganados y van haciendo media, en tanto que las mujeres aran, siembran, siegan y hacen todas las faenas campestres. Por lo demás, no hay que apresurarse á protestar contra lo que parece al primer pronto una anomalía. No hay duda que si se piensa en las duras labores de los campos del centro de la Francia y en la vida indolente de sus pastores, se hallará muy suave la vida de los montañeses de Ossau, y la de sus mujeres bien penosa; pero figurémonos unas tierras que casi bastaría rascar un poco para hacerlas producir las cosechas mas abundantes, y unos pastos que hay que ir á buscar á quinientos metros de altura por entre barrancos y al borde de precipicios, y veremos que las cosas están allí con corta diferencia como en todas partes. En cuanto á la calceta, ¿qué mal hacen esos pobres pastores en ocupar así sus manos mientras trepan las cuestas, si de tiempo en tiempo llevan á sus mujeres un par de medias, con sus ganados bien repletos? ¿No es esto preferible á tocar la flauta como los pastores de Florian?

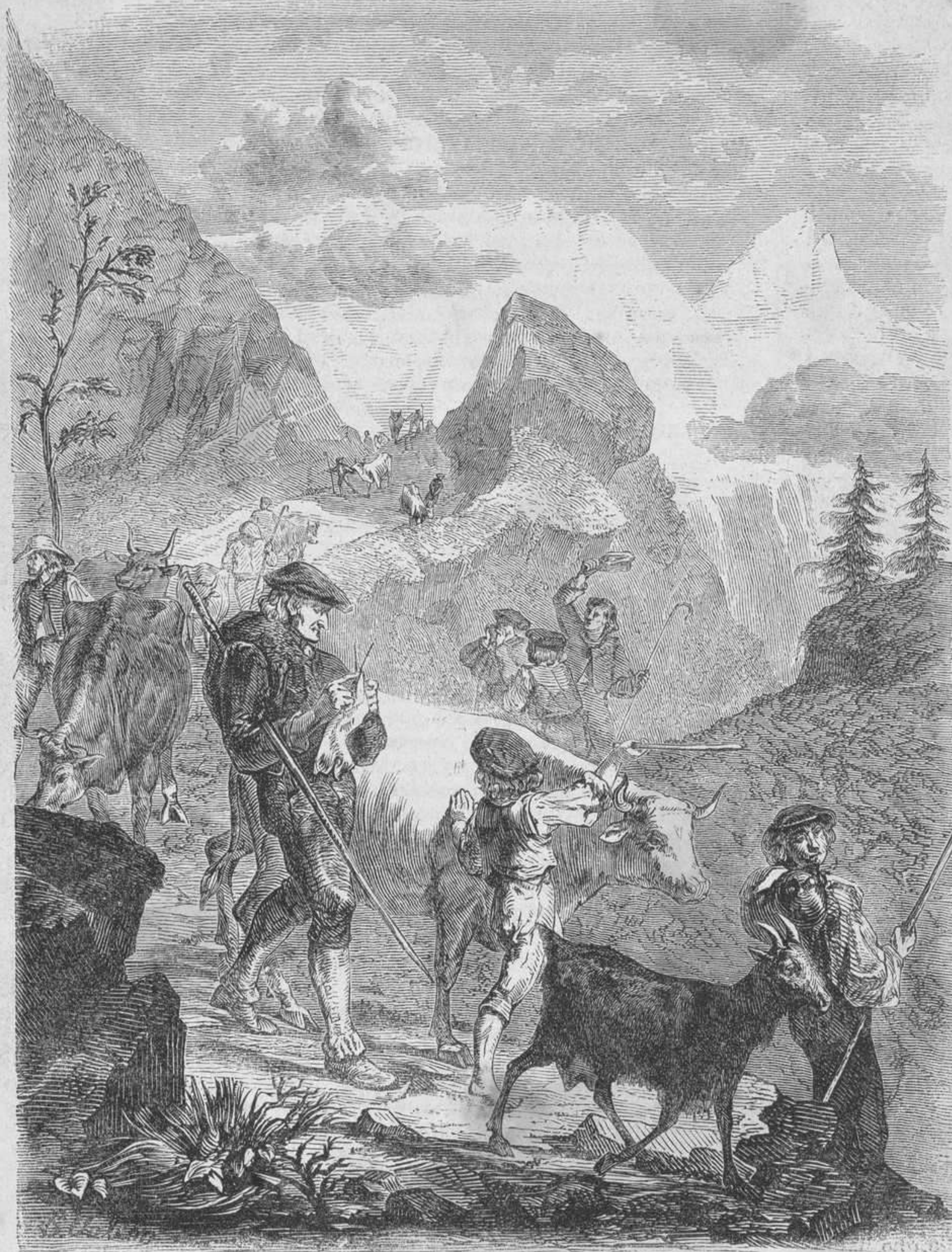
A fines de setiembre, á las primeras amenazas de nieve, todo baja de la montaña, y los caminos de los valles se cubren de largas filas de hermosos animales. Habian llegado flacos y raquiticos, y se vuelven gordos y florecientes; pues las pardas peñas que vistas desde el valle parecen peladas y áridas, suministran excelentes pastos en el musgo que guarnece sus cavidades...

Ahora bien, estos buenos ganados pagan un tributo á las aldeas que atraviesan con direccion á sus establos. Los habitantes los detienen y hacen provision para algunas semanas de esa exquisita leche que solo se encuentra en las montañas.

V.



Los pastores del valle de Ossau (Pirineos). — La señal de la marcha.



Bajada de la montaña.

Las fiestas de Basilea.

ANIVERSARIO

DE LA BATALLA DE SANTIAGO.

La batalla cuyo aniversario acaba de celebrar dignamente la ciudad de Basilea, es una completa derrota. El 25 de agosto de 1444, el delfín de Francia, mas tarde Luis XI, á la cabeza de 32,000 armagnacs (franceses é ingleses), destruía en Santiago, bajo los muros de Basilea, á todo el ejército confederado, como dice la inscripcion del monumento fúnebre del pueblecillo de Santiago.

A la aproximacion del enemigo, el concilio de la cristiandad, que se habia propuesto remediar los males y las discusiones de la época, se separó, y sus numerosos prelados encontra-



El regreso á la aldea.

ron en el camino un cuerpo de 1,600 suizos que acudían en socorro de la ciudad.

— ¿Qué pretendéis hacer contra 30,000 hombres? les preguntaron. Es una empresa mas que humana la de querer defender la poblacion contra esa multitud.

— Consagraremos nuestras almas á Dios y nuestros cuerpos á los armagnacs, respondieron los suizos.

Y cumplieron su palabra.

El delfín no sabia qué adversarios le esperaban, pero lo supo cuando vió volver á él á sus capitanes de Beuil y de Chabannes con su vanguardia derrotada, y el ejército suizo en su persecucion. — Su columna,

diezmada ya, llega en derechura al corazon de los armagnacs; pero cortada en dos por una fuerza superior, la escasa tropa es acuchillada, en tanto que la otra parte se apodera de un hospital, se hace fuerte en la capilla y los jardines, y muere valerosamente bajo los escombros del edificio incendiado.

El delfín, á pesar del desenlace de la batalla, concluye un tratado de buena inteligencia con los suizos.

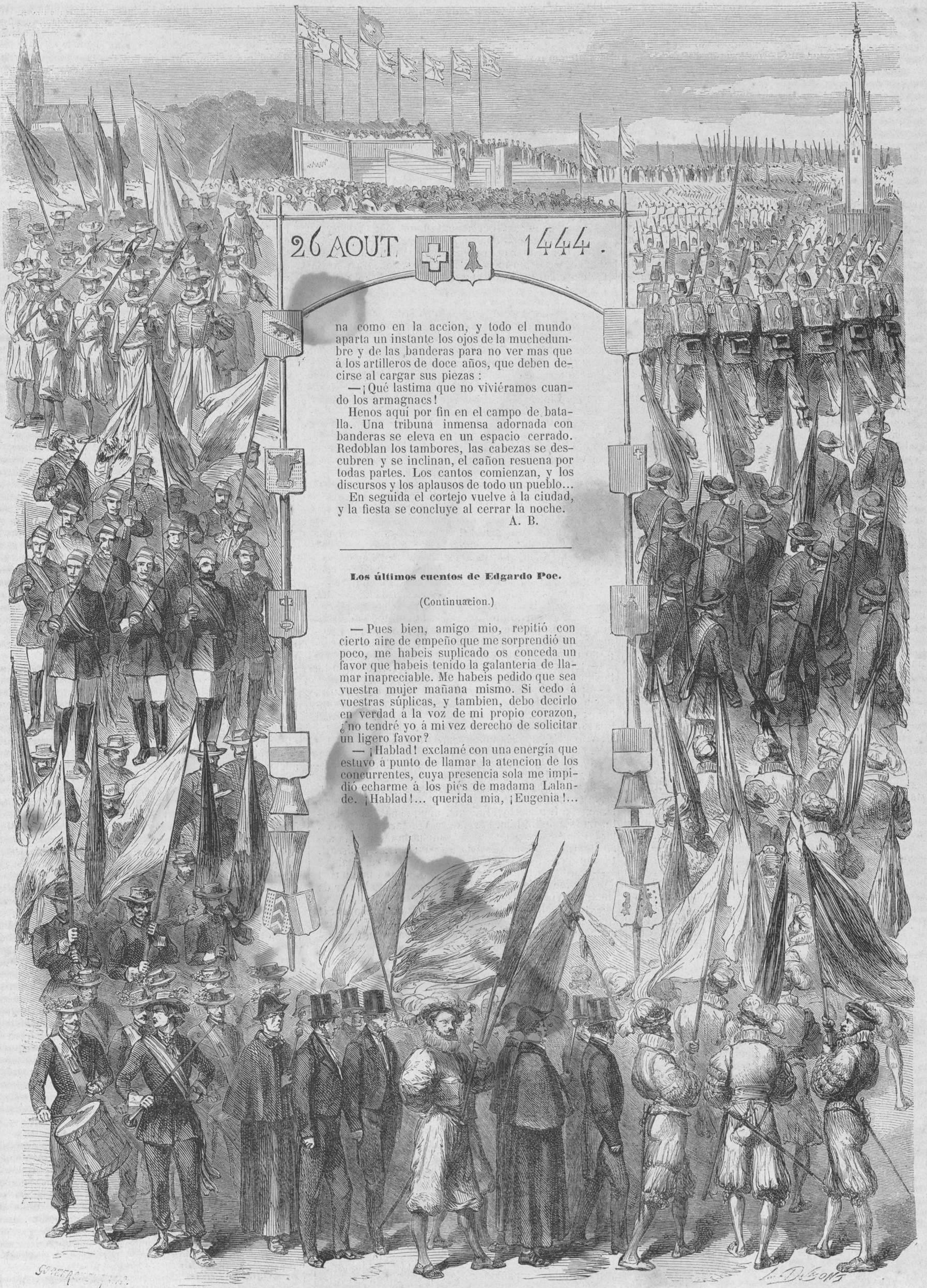
El nombre de Santiago es uno de los que hacen vibrar el patriotismo suizo; es un recuerdo glorioso que vive en todos los corazones, y que la ciudad de Basilea ha querido celebrar oficialmente, llamando á si representantes y banderas de todos los cantones que tomaron parte en la lucha, á saber: Berna, Lucerna, Uri, Schwytz, Unterwald, Glaris, Zug, Soleure, Bale-Campagne y Neuchatel.

Durante un día se olvidaron los negocios y el comercio, ese comercio que hace de Basilea una de las ciudades mas ricas del mundo, y solo se pensó en el hecho sublime de Santiago.

La fiesta comenzó por un servicio religioso en la catedral, terminado por unos coros en los que tomó parte la inmensa muchedumbre que llenaba el edificio. Luego el cortejo se puso en marcha precedido de un piquete de infantería y de músicas militares. Las banderas de los cantones, algunas de ellas mutiladas y ennegrecidas por las batallas, eran llevadas por abanderados con trajes de la época, figuras robustas y marciales que parecían haberse desprendido de los cuadros de Holbein ó de Niklaus Manvel. Sombreros con plumas, bragas y mangas con cuchillos, espadas gigantes, ballestas y cuerno de Uri, todo esto habia salido del polvo de los siglos, y aparecía á la luz del sol en medio de los fracs negros de los delegados cantonales como una antitesis violenta, extraña, fantástica. Decir el número y el nombre de todas las sociedades civiles y militares, gremios de artes y oficios, instituciones, colegios, estudiantes, músicas, orfeones que formaban la procesion, es un trabajo inmenso ante el cual retrocedemos. Todas esas sociedades, precedidas de músicas ó de tambores, marchaban con sus banderas, de un tamaño enorme en su mayor parte, con los emblemas mas variados, y de colores frescos ó pasados, pues las habia de la vispera y de 500 años de fecha.

Debemos consignar una particularidad notable, y es la aficcion de los habitantes de Basilea por el tambor. En ninguna parte se ven tantos, y no hay duda que esta ciudad podría suministrar fácilmente ese instrumento guerrero á todo el ejército de la confederacion.

El cortejo llega al monumento erigido en memoria de la batalla. Aqui la artillería de los cadetes resue-



na como en la accion, y todo el mundo aparta un instante los ojos de la muchedumbre y de las banderas para no ver mas que a los artilleros de doce años, que deben decirse al cargar sus piezas :

— ¡Qué lastima que no viviéramos cuando los armagnacs!

Henos aqui por fin en el campo de batalla. Una tribuna inmensa adornada con banderas se eleva en un espacio cerrado. Redoblan los tambores, las cabezas se descubren y se inclinan, el cañon resuena por todas partes. Los cantos comienzan, y los discursos y los aplausos de todo un pueblo...

En seguida el cortejo vuelve a la ciudad, y la fiesta se concluye al cerrar la noche.

A. B.

Los últimos cuentos de Edgardo Poe.

(Continuacion.)

— Pues bien, amigo mio, repitió con cierto aire de empeño que me sorprendió un poco, me habeis suplicado os conceda un favor que habeis tenido la galanteria de llamar inapreciable. Me habeis pedido que sea vuestra mujer mañana mismo. Si cedo a vuestras súplicas, y tambien, debo decirlo en verdad a la voz de mi propio corazon, ¿no tendré yo a mi vez derecho de solicitar un ligero favor?

— ¡Hablad! exclamé con una energia que estuvo a punto de llamar la atencion de los concurrentes, cuya presencia sola me impidió echarme a los piés de madama Lalande. ¡Hablad!... querida mia, ¡Eugenia!...

Fiestas de Basilea. — Aniversario de la batalla de Santiago.

todo cuanto querais pedirme os lo concedo de antemano.

— En este caso, amigo mio, procurad vencer, para complacer a esta Eugenia a quien amais, una pequeña falta que habeis confesado en último término, mas bien moral que física, que me permitiréis os diga concierda mal con vuestra naturaleza, con el candor innato de vuestro carácter, y que si no procurais remediarla, tarde ó temprano os atraerá algun mal. Por el amor que me teneis, vencereis esa afectacion, que como vos mismo reconocereis, puede desmentir de una manera tácita ó implícita, la cortedad de vuestra vista. Porque negais virtualmente esa enfermedad, rehusando emplear el remedio habitual. Sabreis que deseo lleveis anteojos. ¡Ah! ¡chit! Ya habeis consentido en llevarlos por amor a mí, y aceptareis pues este pequeño dige que tengo en este momento en la mano, y que además de tener una eficacia admirable para la cortedad de vista, tiene seguramente un inmenso valor intrínseco. Observad que por una ligera trasformacion, apretando este ó aquel resorte, este instrumento puede adaptarse a los ojos bajo la forma de anteojos, y llevarse en el bolsillo del chaleco como lente. Pero bajo aquella primera forma y habitualmente, es como habeis consentido de antemano en llevarle por mi amor.

Aquella súplica, debo confesarlo, no me turbó sino a medias. Pero la recompensa que esperaba mi sumision, hizo imposible toda vacilacion.

— Consiento en ello, exclamé con entusiasmo. ¡Consiento en ello! ¡Concedido de todo corazón! Por vos inmolaré todos mis sentimientos; desde esta noche voy a llevar este lente en calidad de anteojos, en mi corazón; pero desde el alba de aquel día que tenga el placer de llamaros mi esposa, colocaré este presente en... en mi nariz, — y le llevaré en adelante bajo la forma menos romántica, menos fashionable, pero mas útil que me imponga vuestra voluntad.

El resto de la conversacion recayó sobre las medidas que habia que tomar al día siguiente. Segun me habia dicho mi prometida, Talbot habia decidido al fin volver, y convinimos en que iría a buscarle sin demora, y que me proporcionaría una silla de posta. La reunion no debia terminar hasta las dos de la mañana, y convinimos en que el coche se hallaría a la puerta a la misma hora, y que madama Lalande montaría en él desapercibidamente, favorecida por la confusion consiguiente a la salida de los convidados. Nosotros debiamos trasladarnos a casa de un clérigo que nos esperaria ya y nos uniría sin dilacion (1). Nos proponiamos en seguida despedirnos de Talbot, y saliendo a hacer un viaje-cillo por Oriente, dejar al gran mundo que hiciera los comentarios que quisiera.

Tomadas nuestras medidas, me despedí de mi amada y me fui a buscar a Talbot; cuando iba andando no pude menos de entrar en una fonda, a fin de admirar mi miniatura, que examiné con los poderosos vidrios de mi antejo. ¡La fisonomía tenia una hermosura maravillosa! ¡Aquellos grandes ojos luminosos! ¡Aquella arrogante nariz griega! ¡Aquella abundante cabellera negra!

— ¡Ah! me dije a mí mismo con aire triunfante; ¡hé aquí el retrato hablando de mi amada!

Volví el medallon y leí estas palabras: « Eugenia Lalande, de edad de veinte y siete años y siete meses. »

Hallé a Talbot en su casa, y me apresuré a anunciarle mi buena fortuna. No me ocultó cuánto le admiraba mi suerte, y felicitándome cordialmente se puso a mi disposicion. Para abandonar, ejecutamos a la letra nuestro programa, y a las dos de la mañana, y solo diez minutos despues de la ceremonia me hallé con madama Lalande — no quiero decir con madama Simpson — en un coche cerrado que se alejaba rápidamente de la ciudad en direccion al nordeste.

Como habiamos velado toda la noche, dispuso Talbot que en la primera estacion, en C..., pequeña aldea situada a unas veinte millas de la ciudad, podríamos desayunarnos y descansar un poco antes de continuar nuestro viaje. A las cuatro precisamente se detuvo el coche delante de la puerta de la posada principal de C... Ayudé a bajar a mi adorada, y dispuse nos sirvieran inmediatamente el desayuno. Mientras tanto se nos instaló en un saloncito, donde nos sentamos.

Aun no era enteramente de día, empezando solo a clarear, y mientras que con el alma arrebatada contemplaba el ángel que tenia a mi lado, me ocurrió repentinamente la idea singular de que aquella era la primera vez, desde que habia conocido la célebre hermosura de madama Lalande, que podia contemplarla a la luz del día.

— Ahora, amigo mio, dijo esta tomándome la mano é interrumpiendo mi reflexion; ahora, querido amigo mio, puesto que estamos unidos con lazos indisolubles, puesto que he cedido a vuestras apasionadas súplicas y llenado mis compromisos, quiero creer que teneis intencion de cumplir los vuestros. ¡Veamos! recuerdo... Soy gustosa en recordar los términos precisos de la buena promesa que habeis hecho ayer noche a vuestra Eugenia. Habeis dicho: « ¡Consiento en ello! ¡Concedido de todo corazón! ¡Por vos inmolaria todos mis sentimientos! Esta noche voy a llevar este querido lente en calidad de antejo en mi corazón; pero desde el alba del día que tenga el placer de llamaros mi mujer, colocaré vuestro presente en mi nariz, y le llevaré en adelante bajo la forma menos romántica y menos fashiona-

ble, pero mas útil que me imponga vuestra voluntad. »

¿No son estas las palabras que habeis pronunciado?

— Sí, contesté; teneis una memoria admirable, y seguramente, mi bella Eugenia, que no me siento de ningún modo dispuesto a dispensarme del ligero sacrificio que implica mi promesa. ¡Ea! ¡ved!... No me están mal... ¿No, no es así?

Y despues de haber dado al antejo la forma de un par de anteojos comunes, los puse delicadamente en el lugar conveniente, mientras que la señora Simpson, arreglándose su sombrero y cruzándose de brazos, se repanchigó en un sillón tomando una actitud tiesa y erguida, y aun diré en una posicion que carecia algun tanto de dignidad.

— ¡Bondad divina! exclamé en el momento en que la curva de los anteojos se colocó en el dorso de mi nariz. ¡Oh! ¡quía! ¡quía! ¡Misericordia! ¡Bondad divina! ¡qué diablos tienen estos cristales!

Y quitándomelos bruscamente tomé mi pañuelo y los limpié con cuidado antes de volverlos a poner.

Si en el primer caso habia sido sorprendido, una segunda inspeccion me dejó mas aturdiido. Mi confusion fué extrema, profunda, terrible. En nombre de cuanto hay de mas feo en el mundo, ¿qué queria decir aquel misterio? ¿Podia creer a mis ojos? *That was the question!* ¡Sus megillas ostentaban el bermellón! ¿Veia yo arrugas en el rostro de Eugenia Lalande? Por Júpiter y todas las divinidades del Olimpo, pequeñas y grandes, ¿qué se han hecho sus dientes? Yo tiré los anteojos al suelo con un gesto de cólera, y levantándome de repente, me planté en medio del cuarto, comparando a madama Simpson, echando espuma de rabia y de horror; pero incapaz de hablar ni obrar.

— Y bien, caballero, dijo en mal inglés despues de haberme contemplado durante algunos minutos con evidente sorpresa. Y bien, caballero, ¿qué hay? ¿qué es lo que os sucede tan de improviso? ¿teneis el baile de san Vito? Si yo no os agrado, tanto peor; ¿porqué haber imitado a los tontos que compran gato por liebre?

— ¡Hechicera! ¡maldita vieja! exclamé jadeando.

— ¿Hechicera? ¿vieja? Sea, me respondió. ¡No tan vieja, sin embargo! No tengo mas que ochenta y dos años, ni un día mas.

— ¡Ochenta y dos años! repetí apoyándome en la pared. La miniatura decia veinte y siete.

— ¡Ciertamente! así es, ¡es muy cierto! Pero ese retrato es de hace unos cincuenta años. Cuando me casé con mi segundo marido, M. Lalande, mandé hacer ese medallon para la hija de mi primer esposo M. Moissart.

— ¡Moissart! exclamé.

— Sí, Moissart, dijo molándose de mi modo de pronunciar el francés, que convengo en que no era el mejor. ¿Qué teneis que decir sobre esto? ¿Qué sabeis respecto a M. Moissart?

— ¡Nada!... no sé nada respecto a él: solo que he tenido un pariente de ese nombre en otro tiempo.

— ¡De ese nombre! ¿Y qué teneis que decir contra ese nombre? decidlo si os place. Es un nombre excelente; y Voissart tambien es otro nombre excelente. Mi hija, la señorita Moissart, se ha casado con un tal M. Voissart, y ambos nombres son de los mas respetables.

— ¿Moissart? exclamé de nuevo. ¿Moissart y Voissart? ¿Qué, le conoceis?

— ¡Que si le conozco! Conozco a Moissart y Voissart, y tan segura como estoy de esto, lo estoy de conocer tambien a Croissart y Froissart, aunque a estos no tanto. La hija de mi hija, la señorita Voissart, se casó con un tal Croissart; y despues, la nieta de mi hija, la señorita Croissart, se desposó con un tal M. Froissart. ¿Y me direis acaso que este nombre no es respetable?

— ¡Froissart! murmuré llegando hasta el punto casi de ponerme malo. ¿No querreis seguramente hablar de Moissart, Voissart, Croissart y Froissart?

— ¡Si! replicó acomodándose mejor en el sillón. ¡Si! Moissart y Voissart y Croissart y Froissart. Y añadiré tambien, que M. Froissart era lo que se llama un simplon, porque ha dejado la hermosa Francia para venir a esta estúpida América, donde se ha establecido y donde ha tenido un hijo digno de comer verde, pero que ni yo, ni mi parienta, la señorita Estefanía Lalande, hemos tenido el placer de encontrar. Se llama Napoleon Bonaparte, y creo que no os atreveréis a sostener que este nombre no es respetabilísimo.

Dejéme caer pálido de horror, en el sillón que acababa de dejar.

— ¡Moissart y Voissart! repetí con tono extraviado. ¡Croissart y Froissart! añadí mas alto. ¡Moissart y Voissart y Croissart, y Napoleon Bonaparte Froissart! pero Napoleon Bonaparte Froissart soy yo, ¡soy yo! soy yo, ¿ois?... soy yo, y... ¡oh!... ¡ah!... ¡Soy yo Napoleon Bonaparte! ¡y antes me lleve el diablo que ser nunca esposo de mi tatarabueta!

Madama Eugenia Lalande, casi Simpson y antes Moissart, era en efecto mi tatarabueta. En su juventud habia sido muy bella, y aun a los ochenta años conservaba el porte majestuoso, el contorno estatuario de la cabeza, los hermosos ojos y la nariz griega de sus buenos tiempos. Gracias a estos restos, al blanco de perla y al rojo vegetal, a la peluca, a los dientes postizos, al talle postizo, y gracias tambien al hábil auxilio de las modistas de París, habia logrado conservar una cierta posicion entre las bellezas ya algun tanto añejas de la metrópoli. Bajo este concepto se habria casi podido mirarla como la compañera de la célebre Ninon del Enclos.

Inmensamente rica y vinda sin hijos por segunda vez, habia pensado en la existencia de un cierto Napoleon

Bonaparte que se habia hecho ciudadano de los Estados Unidos, y al que pensaba dejar por heredero, y vino a América en compañía de una parienta lejana de su segundo marido, y admirablemente bella, que se llamaba Estefanía Lalande.

La persistencia de mis miradas en la ópera habia hecho que mi tatarabueta se fijase en mí, y despues de haberme examinado al través de su lente, la chocó la semejanza que existia entre ella y yo. Aquel aire de familia debia interesarle tanto mas, cuanto que sabia que el heredero que buscaba vivia en la misma ciudad, y preguntó a su vecino noticias de mí. Este me conocia de vista y le dijo quién era. Aquellas noticias impelieron a la anciana señora a contemplarme de nuevo, lo que me indujo a tener la absurda conducta que he contado. Devolvíome mi salud, convencida de que alguna casualidad extraña me habia descubierto tambien quién era, y cuando engañado por la edad y los encantos de la dama, por la cortedad de mi vista y los artificios de su toilette, pedi con tanto entusiasmo a mi amigo Talbot me dijese el nombre de aquella hermosa persona, creyó naturalmente que le hablaba de la mas joven, y me respondió con la mayor sinceridad, elogiándome a la célebre viuda madama Lalande.

Al día siguiente mi tatarabueta encontrando en paseo a Talbot, a quien habia conocido en otro tiempo en París, excusado es decir que no tardó en tramitar conversacion con él acerca de mí.

Mi enfermedad visual quedó explicada entonces, porque nadie lo ignoraba, aunque yo creyese lo contrario, y supo mi buena parienta, con gran pesar suyo, que se engañaba suponiendo que yo la conocia, y que representaba un papel de los mas ridiculos haciendo la corte y en pleno teatro a una vieja a quien no habia visto en mi vida. A fin de darme una leccion, habia formado un complot con Talbot, y este se habia alejado para evitar mi presentacion. Los amigos encontrados por mí en la calle poco tiempo despues de mi visita al hotel B..., y a los que dirigí preguntas sobre la encantadora viuda madama Lalande, supusieron con razon que pensaba en madama Estefanía Lalande, lo que explica mi conversacion con aquellos señores y la alusion a Ninon del Enclos. Yo no habia tenido nunca ocasion de ver de cerca y a la luz del día a la señora, y en la reunion musical, la necia vanidad que me impedia llevar anteojos, no me habia permitido reconocer su edad. Cuando se rogó a la señora Lalande que cantara, aquella lisonjera invitacion se dirigia a la joven, que se levantó para corresponder a ella, y mi tatarabueta me dejó en el mismo instante para acompañar a su amiga hasta el piano, a fin de sostener mi ilusion, y en caso de que yo me hubiera decidido a acompañarla por el salón, me hubiera aconsejado, so pretexto de guardar las conveniencias, no hiciese tal cosa; pero mi prudencia se ha visto que hizo inútil aquel consejo. Los trozos de ópera tan admirables que me habian confirmado en la idea de la juventud de mi amada, habian sido cantados por madama Estefanía, debiendo servir de moraleja y punta acerada al epigrama de mi decepcion, el lente.

El ofrecimiento de aquella alhaja daría ocasion, por otra parte, a un sermoneo contra la afectacion que me habia propuesto usar, siendo casi inútil añadir, que la anciana señora habia hecho reemplazaran los cristales de que se servia habitualmente, por otros mas adaptables a mi vista, y que debo confesar parecian haber sido hechos para mí.

El clérigo, que solo habia fingido estrechar el lazo fatal, era un chusco compadre de Talbot, nada eclesiástico; era en cambio un excelente cochero, que despues de haber dejado su sotana negra para ponerse una hopalanda, condujo la silla de posta que llevaba la feliz pareja, a la posada de C... Talbot habia tomado asiento al lado de su cómplice, y de aquel modo ambos miserables habian asistido a la escena del golpe de gracia, habiéndose entretenido en contemplar el desenlace del drama al través de una celosia entreabierto del salón donde habiamos bajado. Estoy tentado de mandar un cartel de desafio a los dos traidores.

Despues de todo, yo no soy el esposo de mi tatarabueta, y esto me consuela infinitamente; pero lo soy de madama Lalande, de madama Estefanía Lalande, con quien mi digna y anciana parienta se tomó la pena de arreglar un matrimonio, no contenta con declararme su heredero cuando muriera... si se decidia alguna vez a ello. Para concluir, he renunciado a escribir billetes dulces, y no se me ve ya nunca sin ANTEOJOS.

X.

LOS ENSAYOS LITERARIOS DE THINGUM BOB, EX-DIRECTOR DEL Mochuelo sabio.

Me hago viejo, y puesto que la muerte no ha respetado ni Shakspeares ni Emmons, no será imposible que me arrebaté tambien. Bajo este supuesto la prudencia me aconseja no dejar para lo último el retirarme de la arena periodística y descansar sobre mis laureles. Pero tengo ambicion, y al deponer el cetro literario, ¿puedo marcar mi retirada legando a la posteridad otra obra mas preciosa é importante que la narracion de mis ensayos? Puesto que todo el que llega a la celebridad cumple con un simple deber dejando tras sí en su camino ascendente pedestales indicadores que puedan guiar a otros hacia el templo de la gloria, yo me propongo pues en estas páginas (que habia tenido idea de titular *Apuntes para la historia de las bellas letras en América*, su-

(1) Estos matrimonios a la media noche son bastante frecuentes en América, y sobre ello puede verse el interesante libro de M. Augusto Carlier, titulado: *el Matrimonio en los Estados Unidos*. París, 1860. (N. DEL T.)

ministrar extensos pormenores sobre mis primeros pasos tan decisivos, aunque débiles y vacilantes, en ese camino que me ha conducido al templo de la fama.

¿Para qué hablar de antepasados *remotos*? Durante muchos años, mi padre Tomás Bob, brilló en primera línea entre los barberos de Soung. A sus salones acudían todas las notabilidades de la ciudad, principalmente las de la prensa, que inspiran por do quiera una veneración y un temor tan profundo. Por mi parte, yo consideraba á los escritores como dioses, y absorbía con avidez los tesoros de sabiduría que se escapaban de sus augustos labios entre la espuma del jabón.

El primer día que me sentí inspirado fué aquel para siempre memorable en que el director del *Tábano* declamó ante nuestros aprendices un poema inimitable en honor del « aceite de Bob, » aceite que debe su nombre á mi padre, el inventor de este precioso cosmético.

Al punto resolví tomar la carrera de grande hombre comenzando por ser un gran poeta, y así lo notifiqué á mi padre, quien no tuvo mas remedio que darme su aprobación.

Dicho y hecho; me puse á cultivar la musa con un ardor extraordinario; pues yo contaba con mis ensayos poéticos para ocupar un sillón de director de periódico.

En mis primeras tentativas me paralizó sobremanera el recuerdo de las estrofas al Aceite de Bob, cuyo esplendor me deslumbraba en vez de ilustrarme. Cuando yo comparaba estos versos sublimes á mis trabajosas elucubraciones me sentía desanimado, de modo que me consumía en largos y estériles esfuerzos. Por fin se me ocurrió una de esas ideas originales, que nacen á veces en las cabezas de los predestinados. Entre los impresos de un puesto de libros viejos, desenterré varias obras olvidadas, si no enteramente desconocidas, que compré casi por nada.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — ¿Qué tenemos de modas fashionables? — Fisiología de los ingleses en Boulogne. — Sus trajes. — Vestidos de cazadores. — Primera cacería en casa del conde Horacio de Choiseul. — Carreras de caballos en Baden. — Estudios musicales del rey de Holanda. — La corte en Biarritz. — El globo de Nadar. — Viajeros inscritos para el primer viaje. — Nuevas telas de pantalones y paletós. — Descripción del figurin, que representa trajes de otoño.

Las novedades en punto á modas fashionables se reducen á cero. Yo acabo de regresar de Boulogne, y puedo fotografiar á la pluma los trajes mas ó menos caprichosos de nuestros vecinos de ultra-Mancha. Si á veces llevan la excentricidad hasta lo grotesco, preciso es confesar sin embargo, que sus trajes no son ni pretenciosos ni estudiados.

El inglés no se preocupa jamás de lo que dirán acerca de su traje. Se viste para sí, para su comodidad, y elige ante todo lo que mas le agrada. Si le contemplan con sorpresa, ni siquiera lo nota, tan á su gusto se encuentra.

La fashion parisiense debe á los ingleses las jaquetas con bolsillos, los sombreros en forma de melon, los trajes todos de una tela, con pantalones anchos dentro de las cañas de las botas, y las corbatas con sortijas.

En Boulogne se veían muchas jaquetas de fular, y tres de estos trajes merecen ser citados por su elegancia. Además, como son de verano, quizá sirvan de tipo á nuestros lectores de ultramar, que habitan climas privilegiados contra la intemperie del invierno.

El primero se componía de una jaqueta de fular gris plateado, con pantalon y chaleco de piqué blanco.

La corbata era de granadina grosella, con su correspondiente sortija.

Sombrero redondo de felpa gris con cinta de terciopelo en torno del casco y hebilla de acero.

Zapato de charol con lazo de cinta y medias rayadas. Constaba el segundo de un frac de fular con chaleco de fular blanco, y pantalon de piqué blanco.

El chaleco llevaba una botonadura de amatistas. Corbata color malva, y sombrero Nemorin de paja de Italia con cinta malva.

El último traje era de fular habana con chaleco cerrado con botones de azabache. Sombrero de fieltro habana adornado con una cinta de tafetan negro.

Pantalon blanco, zapato de charol y medias rayadas. En los grandes bailes del Casino de Boulogne no se veía mas que el traje de etiqueta. Frac y pantalon negro, con chaleco y corbata blanca.

Las modas de otoño no se hallan decretadas todavía, y solo se trata de los trajes de caza. En esto de vestidos de caza no hay un uniforme, como ya hemos dicho en una de nuestras revistas precedentes.

No todos los cazadores se visten como en la Opera Cómica. Algunos se disfrazan de bandidos. Diríase que se proponen espantar la caza.

La cacería mas brillante que ha tenido lugar hasta ahora en las cercanías de Paris, es la que se ha efectuado en Prasin el lunes y el martes último en casa del conde Horacio de Choiseul. Se mataron 406 piezas.

Los convidados eran de la alta aristocracia. Después de esta brillante fiesta los cazadores marcharon á Baden, donde toda la fashion aristocrática se ha dado cita para este mes de setiembre.

Las grandes cacerías y las carreras de caballos se hallan en todo su brillo.

El primer día de las carreras ha sido espléndido. El rey de los Países Bajos figuraba entre los espectadores.

Por la noche hubo baile en el salon de conversacion. El segundo día apareció lluvioso, pero al fin se serenó y hubo un tiempo magnífico.

Asistían á estas carreras la reina de Prusia, el rey de los Países Bajos, el gran duque y la gran duquesa de Baden, el duque de Hamilton, el príncipe E. de Furstenberg, el archiduque Luis, hermano del emperador de Austria, etc.

El primer miércoles de las carreras se vió al rey Guillermo de Holanda paseándose por el hipódromo con uno de los primeros sportmen parisienses, el conde Daru; y como Mlle Battu acertara á pasar á su lado, S. M. tuvo á bien felicitar á esta artista encantadora por los triunfos que obtiene en Baden.

El rey de Holanda continúa en Baden sus estudios musicales y vocales, y ha llamado cerca de su persona á M. Perruzzi, para que le acompañe en sus ejercicios de música.

A falta de modas nuevas hablo de las actualidades del día. Sin embargo, no es mi misión.

Su Majestad la emperatriz está en Biarritz, y el emperador ha ido á reunirse con ella.

Quizá una de estas mañanas vais á recibir la visita de Nadar, el célebre fotógrafo.

Mientras escribo yo esta revista, él levanta su globo en Baden. Recuerdo haber oído hablar de este globo el invierno último en el estudio de Nadar, donde se hallaban M. Babinet y M. de la Landelle.

Todos se hallaban llenos de una fe en la empresa, que comunicaban á cuantos les oían.

— Un día, me dijo Nadar, tendreis á vuestras órdenes un bonito globo de color de rosa que os trasportará adonde se os antoje.

Si esto fuera verdad, ¡qué de viajes fantásticos!

Entre los viajeros que se hallan inscritos para la primera ascension se citan los siguientes:

- Los hermanos Pereire.
- M. E. de Girardin.
- M. Leon Voel.
- M. P. de Cassagnac.
- M. E. Texier.
- M. H. Delaage.
- M. Beckmann, corresponsal de la *Gaceta de Ulm*.
- M. Randon, dibujante.
- M. G. de la Landelle.
- M. A. Darjou, dibujante.
- M. Philippon, hijo.
- El conde Vilain XIV.
- M. Gustavo Doré.
- M. L. L'herminier.
- M. Lefranc.
- M. E. Jourdain, redactor del *Diario de los bañistas*.
- M. N. Dondey Dupré.
- M. F. Maigna.
- M. B. de Bragelonne.

¡Cuán sorprendidos os quedareis, ilustres viajeros, si fuérais á caer mas allá de los mares como una nube de golondrinas!

Si aun estuviera en Boulogne, creeríais que arrojó las modas al mar. Pero no es mi culpa si la moda no da mas de sí.

Sin embargo, puedo indicaros algunas telas nuevas. Para sobretodos se llevarán muchos ratinados, así como tambien chinchillas de todos colores.

Además habrá muchos tejidos en bruto, y una especie de fieltro que cuentan se pondrá en boga.

Es en efecto bastante bonito, y la fashion saldrá un poco del azul Marengo.

Tambien hay cierta tendencia para volver á los pantalones de cuadros, sin que por esto caigan en desuso las telas rayadas.

Los cuadros serán buscados con preferencia por el jockey-club y por todos los aficionados á novedades.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin que representa modas de otoño copiadas en el bosque de Boulogne.

Ante todo vemos un jóven con traje campestre para paseo de mañana ó para montar á caballo.

Compónese de una chaquetilla de tela de mezcla con poco cruzado sobre el delantero, en tanto que por abajo se redondea en escape. El chaleco es igual al pantalon, en cuanto al color.

El pantalon es rayado castaño y gris, ancho por todas partes. Viene despues un traje indispensable para el campo, sobre todo en la temporada presente.

Compónese de una prenda mas ó menos ligera que va cubierta con un bonito paletó gris.

En cuanto al pantalon, es ancho de piernas y bastante estrecho sobre el pié.

Corbata blanca con alfiler y guantes claros. El último traje es de toda etiqueta.

Frac de paño negro, chaleco negro de seda liso, pantalon de satin negro y corbata blanca.

Si no fuera por los guantes amarillos, se creeria que fotografio un personaje de entierro.

¿Porqué no se habia de llevar con frac y pantalon negro un chaleco paja, malva, azul claro ó grosella? No hay duda que seria de mejor efecto.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Exposicion de bellas artes en 1863.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NUMERO.

M. HAMMAN: *Infancia de Carlos Quinto*; una lectura de Erasmo (Bruselas 1511). — El niño, que será mas tarde Carlos Quinto, escucha atentamente la lectura del Voltaire del renacimiento; Voltaire erizado de griego y de latin, segun la costumbre de la época. Su madre, Juana la Loca, en su blancura de monja, tiene mas en-

cantos de los que la prestan los historiadores; y Felipe, su marido, no ofrece toda la belleza que le valió su sobrenombre, y que al excitar el amor y los celos de Juana, la condujo á la locura. A esta escena fria y grave, M. Hamman ha opuesto en otro cuadro una escena bulliciosa y caballeresca: *la Infancia de Francisco I*, la salida para la caza (Angulema 1507).

M. F. HEILBUTH: *Paseo de cardenales por el monte Pincio*. — Este artista brilla por el talento particular con que sabe disponer sus composiciones, como es fácil advertir en el cuadro que reproducimos, y que se explica suficientemente por si mismo. J. D. P.

Estatuas de los mariscales

CONDE SERRURIER Y REGNAUD DE St-JEAN-D'ANGELY.

I.

EL MARISCAL SERRURIER.

Hace pocos dias se elevaba una estatua á la memoria del mariscal Serrurier en su ciudad natal, Laon, punto tan célebre por diversos titulos, sobre todo en los fastos militares de la Francia.

Mas de 400 poblaciones habian contribuido con su ofrenda á esta obra patriótica, y así fué que la ceremonia de la inauguracion efectuada el 26 de agosto último, tuvo lugar en presencia de una inmensa muchedumbre.

M. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros, presidia en nombre del emperador, que le habia encargado especialmente esta mision.

Las hojas de servicio de Serrurier se resumen de este modo:

Nacido en Laon el 8 de diciembre de 1742, hijo de un oficial de la casa del rey, teniente del batallon de milicia de Laon en 1755, — campañas de 1758-1759 y 1760 en Alemania; salió herido en la batalla de Warburgo; — sirvió en Portugal en el regimiento de Beauce en 1763; — campaña de 1771 en Córcega; — caballero de San Luis, capitán comandante en 1782; — mayor del regimiento de Medoc en 1789; — distinguió en la conquista del condado de Niza; — acusado de incivismo y preso, pidió servir como granadero y tomó un fusil. — General de brigada el 22 de agosto de 1793, salvó la vida á catorce oficiales franceses cogidos en las filas piemontesas; — general de division el 13 de junio de 1795.

Bonaparte, general en jefe del ejército de Italia, escribió al Directorio enviando veinte y una banderas tomadas al enemigo:

«El general Serrurier ha mostrado tanto talento como bazarria en las dos últimas campañas. Su division alcanzó la victoria de Mondovi, contribuyó poderosamente á la de Castiglione, tomó Mantua, se distinguió en el paso del Tagliamento y del Isonzo, y principalmente en la toma de Gradisca.»

Bonaparte quiso dejar á Serrurier el honor de que desfilara delante de él la guarnicion de Mantua.

Gobernador del Véneto y luego del pais de Lucques, manda el 18 brumario con Murat y Lannes. Senador en 1799, secretario del Senado, gobernador de los Inválidos, mariscal el 19 de mayo de 1804, gran águila de la Legion de Honor, gran dignatario de la Corona de Hierro, conde del imperio, comandante general de la guardia nacional de Paris en 1809; — entrega á las llamas, para librarlas de los aliados, 1,417 banderas que colgaban de las bóvedas de los Inválidos, así como la espada y las condecoraciones de Federico el Grande.

Serrurier fué gobernador de los Inválidos de 1804 á 1815, y durante este largo periodo que comprende todo el Imperio, tuvieron allí lugar ceremonias interesantes. En 1815 dió su dimision y fué reemplazado el 27 de diciembre.

Gran cruz de San Luis el 3 de setiembre de 1818, murió en Paris siendo par de Francia el 21 de diciembre de 1819.

Sus restos mortales descansan en los Inválidos en la bóveda de los gobernadores, y su nombre se halla inscrito en el arco de triunfo de la Estrella.

El mariscal Suchet, al pronunciar el elogio del mariscal Serrurier en la Cámara de los pares, decia: «Se habia propuesto por modelo á Catinat, y como este fué arrojado, leal y modesto.»

La estatua que motiva este artículo es debida á M. Doublemard, gran premio de Roma, é hijo del departamento. El conde de Niewerkerque, que se habia interesado mucho en la obra del jóven artista, estuvo en la ceremonia de la inauguracion.

Un banquete habia reunido, bajo la presidencia de M. Drouyn de Lhuys, á un crecido número de notabilidades del departamento y de representantes de la prensa, con varios miembros de la familia del mariscal.

II.

EL MARISCAL REGNAUD DE SAINT-JEAN-D'ANGELY.

El 23 de agosto tenia lugar otra fiesta por el estilo para la inauguracion de la estatua del conde Regnaud en Saint-Jean-d'Angely, cuyos habitantes han costeadado la obra hecha por un jóven escultor, M. Bogino, y colocada en una plaza que fué inaugurada el mismo día.

Desde por la mañana las campanas tocaban á porfia, y á las doce el cortejo oficial se puso en movimiento,

